

## La cuestión del "Maine"

### III

Compatibilidad del informe de los americanos con la inocencia de los españoles. El ingeniero militar inglés Mr. Bucknill, única personalidad verdaderamente técnica y competente que en el extranjero ha intentado defendernos, a los españoles, en la cuestión del *Maine*, ha hecho de la amplia y concienzuda investigación americana elogios cuya justicia nosotros nos complacemos en reconocer; mas esto no quiere decir, ciertamente, que aquella investigación sea perfecta, pues, sobre que como cosa humana ya es de suponer que no lo sea, incurrió en algunas omisiones, de las cuales vamos a indicar una, insignificante al parecer, pero de suma importancia en realidad: la de la situación precisa del muerto ó boyá que se amarró y pereció amarrado el *Maine* y que el desdichado buque se llevó consigo al fondo. Esta situación precisa, generalmente desconocida, ni españoles ni americanos han creído necesario determinarla, contentándose con que fuese conocida aproximadamente, lo cual en el caso de que se trata está lejos de bastar. Así, el mismo comandante del *Maine* declara ante la comisión de su país que «según las marcaciones que tomó en cuanto se amarró el buque, la boyá no resultaba situada exactamente donde indicaba el plano»; y cerca de un año después lee en la página 83 del *Century*, que el buque estaba «aproximadamente en la situación de la boyá número 4, tal como el plano americano la marcaba», y en la 377, que «ha debido decir boyá número 5, á la que en la Habana se designaba con el número 4».

Efectivamente, en los planos, lo mismo americanos que españoles, había marcadas cinco boyas (números 1, 2, 3, 4 y 5), de amarres; pero ya entonces ninguna de ellas existía realmente en la posición y con el número indicado en ellos.

El caso es que la omisión del importantísimo detalle de fijar la situación de ancla y cadena con respecto á los despojos del buque sólo pudo remediarse después de la catástrofe, y sólo puede remediarse ahora, conociendo de antemano con exactitud la situación de la boyá, dato del que, según todas las señales, únicamente el que esto escribe es quien puede facilitar informe y constancia fehaciente.

Por lo demás, lo que vamos á exponer podrá dar al lector buena idea de la importancia del detalle en cuestión, aunque para lo que ahora hemos de decir no hace falta que esté bien determinado.

En efecto. Puesto que todas nuestras noticias, y, como ya se habrá visto, todos los indicios son de que los interesados en la ruptura entre España y los Estados Unidos proyectaron, al fin de obtenerla, hacer un simulacro de atentado español contra el crucero yankee, nada tan abonado á tal propósito como disponer ó adquirir una máquina infernal y dejarla caer al paso, por el sitio conveniente, de un bote ó buque, lo que aún en medio del día podía realizarse con facilidad, y mucho más si se hacía entre dos luces ó de noche. El sitio conveniente había, naturalmente, de ser en las proximidades del *Maine*; el aparato de relojería iría arreglado de modo que la escandalosa explosión tuviese lugar el día (dentro de ciertos límites) y á la hora exacta que mejor cuadrara; y la «prensa amarilla» se encargaría de inflar el globo, es decir, de sacar partido del suceso, aún en el caso de que este por sí solo, contra lo que era de esperar, no produjera todo el efecto deseado. Las circunstancias de lugar y tiempo se prestaban admirablemente al plan. El *Maine*, como todos los barcos amarrados á la gira en la Habana, aproba constantemente al Este ó rumbos inmediatos. Verdad es que de noche suelen á veces borrar muchos grados á un lado y otro, y aún dar la vuelta completa; pero esto es excepcional y pasajero. Así, pues, tendiendo la máquina infernal en cualquier parte del Norte al Este de la proa del buque, se podía llevarla á cosa de treinta ó cuarenta metros de él, y no había temor de que la explosión, por estrepitosa y escandalosa que se procurase que fuera, hiciese ni en el buque ni en sus tripulantes más daño que el de un remojón que pudieran llevar algunos de éstos.

Pues bien, vamos á suponer que el plan fracasó. Vamos á suponer que el aparato de relojería no funcionó bien, cosa que nada tiene de particular, y que la máquina se queda intacta en el fango. Entonces, no ocurriría nada á no ser que, por extraordinaria y fatal combinación de circunstancias, el buque se diese, no sólo á borrar por completo, sino á hacerlo de modo que la cadena del muerto ó boyá, por no estar tesa, barriese el fondo y llegase á golpear, sacudir ó remover aquella máquina, en cuyo caso la explosión fácilmente podría producirse, y se produciría en las más tremendas condiciones esto es, debajo y á cortísima dis-

tancia del casco del buque. Esto así, el lector ha de saber que el buque, usualmente aproado al Este, ¡¡¡pereció aproado al Noroeste!!!, esto es, en una orientación opuesta y en que, según los oficiales del buque tienen dicho, y comandante y segundo tienen declarado, no lo habían visto nunca, ó, si había estado alguna vez, habría sido muy de pasada; y que la noche era de calma chicha, y por tanto como el buque borseó ó se situó en tan desusada orientación tuvo que ser con la cadena en banda, esto es, *barriendo el fondo en un círculo más ó menos amplio*. Nada más tenemos que decir sobre esto.

Ahora bien, las conclusiones del informe americano en que la opinión general del mundo, sobre todo en los Estados Unidos, ha creído ver fundada nuestra culpabilidad son: la 5.<sup>a</sup>, en que concreta y materialmente se señala ciertos efectos que la comisión dice que sólo pueden ser debidos á la explosión de una mina submarina (torpedo); y la 7.<sup>a</sup>, en que se expresa la opinión de que el *Maine* fué destruido por una mina submarina que produjo á su vez la explosión parcial de dos ó más de los pañoles de proa; y se añade que no se ha llegado á obtener testimonio (*evidence*) que fije la responsabilidad del hecho en determinada persona ó personas.

Esto así, recordando ó teniendo en cuenta que los mismos americanos han comprendido que la voladura del *Maine* era empresa muy por encima de los recursos y posibilidades de los particulares españoles; haciendo ver, como sin duda alguna podemos hacerlo, que no teníamos defensas submarinas tendidas en la Habana, y que además y aparte de esto, donde la comisión americana ha supuesto que estalló la que fué origen de la catástrofe, no es explicable ni comprensible que hubiese ninguna tendida por ningún oficial por poco apto que se le considere; y resultando, en fin, que la mera circunstancia de que la explosión inicial hubiese sido exterior se halla lejos de significar por sí sola que hayan sido culpables los españoles, contra los cuales no ha habido, ni en los once años trascurridos se ha presentado ni el más leve indicio racional; claramente se colige que, aun sin necesidad de procurar ó hacer valer por nuestra parte ninguno que señale ó pueda señalar en determinada dirección sospechas más ó menos fundadas, podemos aceptar desde luego las conclusiones del informe americano. Después de todo, como este informe no resuelve la parte jurídica, y por esto en tal concepto no puede considerarse conclusivo, cabe todavía que se abra de nuevo el juicio, mientras que la sumaria de ritual instruida por los españoles y sobreesada definitivamente no se presta ya á ninguna clase de ampliación. Haría falta otra distinta.

Terminada está la exposición de hechos que al principio anunciamos. En el próximo número daremos el resumen positivo y práctico de la cuestión de que se trata, con algunos grabados que la ilustren y aclaren.

EMILIO RUIZ DEL ARBOL

## EL BLOQUE

Hemos podido hasta ahora dudar de que se formara, discutirlo, burlarnos de él ó combatirlo en serio. Hoy ya no es posible. Es un hecho.

Los republicanos que han entrado en él ¿son muchos ó pocos? Más de los que habíamos supuesto; no tantos como ellos dicen.

¿Pertenece todos al número de los que sueñan con diputaciones, concejales y hasta destinos, si los liberales alcanzan el poder? No; hay algunos que han entrado de buena fe. A éstos, exclusivamente, va enderezado lo que voy á decir.

Habéis entrado incautamente en la ratonera monárquica y os va á ser difícil la salida. Os la han preparado con el queso que más os gusta, el de la libertad, y habéis accedido sin recelo. Vuestra intención merece aplausos; vuestra torpeza censuras. Ya se dijo que el infierno está empedrado de buenas intenciones.

Enamorados de la libertad, habéis imitado á los maridos que, por natural bondad ó por cariño ciego, creen en el arrepentimiento de su mujer y le perdonan la primera falta. Rara es la que no come luego la segunda, la tercera, la décima... Y ellos acaban por resignarse. Y hacen bien. ¿Van á echárselas de inflexibles después de haber perdonado? Algunos se revotan. Pero ¡ay! son pocos.

Si, lo repito. Os va á ser muy difícil la salida, á menos que los liberales dejen de cumplir todo lo que ahora ofrecen. Bien mirado, es lo que deberíais desear. Si hacen lo contrario, esto es, si lo cumplen, estáis perdidos.

¿Qué razón invocaríais entonces para separaros de ellos? Si juntos habíais salvado la libertad, ¿cómo dejarlos hasta que no estuviera perfectamente consolidada, hasta que no hubiese ni la más remota posibilidad de que reapareciese el peligro? ¿Haber hecho lo más por ella y dejar de hacer lo menos? Esto no sería ni justo ni serio.

Y como el día que la libertad estuviera consolidada del todo, podría creerse por muchos, por vosotros mismos tal vez, que no merecía la pena de perturbar el país para traer la República, de ahí el que me afirme en la creencia de que os va á ser muy difícil volver con nosotros, aun deseándolo, y de que, parodiando una conocida copla popular, os diga:

Ojos que partir os vieron  
unidos con los monárquicos,  
¿cuándo os mirarán volver  
al campo republicano?

## El marchamo monárquico

En *Heraldo de Madrid* vino hace días un artículo titulado *Falsificación de liberalismo*, en que se atacaba á los conservadores por la significación que pretendían darle al bloque. En él había estos párrafos:

«Sin las conquistas democráticas, que sancionaron el ingreso en las filas dinásticas de los amigos de Castelar; sin la paulatina sustracción de los principios que tejían el programa de los partidos republicanos españoles, para convertirlos en ley, ¿no tendrían más fuerza en la opinión pública los enemigos de las instituciones? Son los partidos liberales los que por su nexo democrático con la extrema izquierda han acercado la monarquía al pueblo y la han rodeado del afecto de los súbditos neutrales ó tibiamente unidos á las más radicales avanzadas.»

No puede afirmarse con más claridad que la intención de los inventores del bloque es reforzar la monarquía con elementos republicanos, quitarle fuerza á nuestro partido, neutralizar nuestros radicalismos. El correligionario que haya entrado en el bloque sin advertir esto, podrá muy bien ahora llamarse á engaño, pero no echárselas de perspicaz y avisado.

«En España no habrá nadie en el porvenir que encuentre obstáculos á esa evolución que se va operando hacia aquella (la monarquía), por la que ha de lograrse que no quede del vaso republicano, después de repetidas decantaciones, más que el puro cristal de la idea matriz.»

Más, mucho más que los conservadores han hecho por la monarquía, en todos los episodios de su existencia, los liberales. Hoy mismo se ve cómo derivan hacia el bloque de las izquierdas, cuyo programa no podría existir sin el supuesto de la subsistencia del régimen, los republicanos que se pagan más de las ideas y de su encarnación en la ley, que de las palabras.»

Estos párrafos refuerzan el anterior. «El programa de los liberales no podría existir sin el supuesto de la subsistencia del régimen.» Esto se dice, y es como se dice. Luego todo republicano que *deriva hacia el bloque*, contribuye á afirmar más y más á la monarquía. Aquí no caben distinguos.

«Pues si el partido liberal ha abierto los cauces por donde han afluído á las aguas monárquicas raudales de energía que declinaban del lado de allá del dinastismo, ¿no es un flaco servicio á las instituciones todo conato de coacción, cualquiera que su forma fuere, directa ó indirecta, moral ó política, para que se borren algunos signos de la enseña tremolada á los vientos ó se acallen las aspiraciones más vehementes, sólo porque molestan oídos des acostumbrados á su vibración?»

Ni más escueto, ni más claro puede decirse á los republicanos del bloque: *traéis raudales de energía á los cauces donde afluyen las aguas monárquicas*. Es realmente una crueldad tratar de esa manera, y á los comienzos, á los que han ido de buena fe; pero reconozcamos que es cierto; y por serlo, que es leal. Y todo esto se lo dicen á los comienzos, cuando los necesitan. ¿Qué no harán después? Aquí encajan como anillo al dedo estos dos versos de la comedia *El hombre de mundo*:

Si esto hace de pretendiente,  
figúrate tú de esposo.

Y no copio más, porque todo el artículo responde á eso: á demostrar á los conservadores que, así como ellos amansan y llevan carlistas á la monarquía, los liberales domestican republicanos y se los ofrecen.

### Resumiendo:

Los republicanos que después de enterarse de esto continúan en el bloque, será porque, desengañados y cansados los unos, creen servir mejor á la patria ayudando á la monarquía; é impacientes ó ambiciosos los otros, esperan hallar entre los liberales lo que entre nosotros no encuentran.

Porque lo de la buena fe de todos, después de haberse dejado poner sin protestar el marchamo monárquico, eso hay ya que descartarlo completamente.

## PÁRRAFOS COMENTADOS

Afirmaciones de Melquiades en su discurso de Oviedo:

«Quien no ayuda al bloque, es amigo y favorece los intereses de la reacción. Sigamos nuestro camino sin desconfiar de los hombres. El que respeta su propia probidad, no puede dudar de la sinceridad ajena.»

### Afirmaciones mías:

«Quien ayuda al bloque favorece á la monarquía. Sigamos nuestro camino despreciando á los saltimbanquis. El que respeta su propia probidad, debe dudar de la sinceridad de los que nunca la tuvieron.»

«Si no vamos con él (Moret) por el camino emprendido, ¿con quién vamos á actuar en la vida pública?»

«Con los que no consideren accidentales las formas de gobierno ni insulten ni depriman al pueblo que los elevó.»

Por lo demás ¡qué sangrienta resulta la pregunta: «¿dónde vamos, si no vamos con los liberales?»! Eso es declarar que los republicanos no vamos á ninguna parte. Y cuando se piensa eso honradamente, hay que obrar en consecuencia. Si yo no creyese que trabajando por la República trabajo por la patria, ó me habría ido ya con la monarquía, alta la frente y serena la conciencia, ó me habría metido en un rincón. Verdad es que yo nunca pensé hacer con mis ideas un escabel para mi ambición.

«Una de las causas de que algunos desconfíen de este movimiento, es la afirmación vulgar de que el rey es enemigo de nuestras ideas. Yo no quiero creer eso; no puedo admitir la absurda hipótesis de que el rey sea opuesto al bloque.»

«Era lo último que le faltaba á este constructor de frases huecas: erigirse por propia autoridad en fiador del rey. Un pordiosero garantizando á Roschild me hubiera parecido menos majadero. La osadía está aquí á la altura de la ridiculez.»

«Nosotros pedimos que se cumpla el Concordato, que sólo permite tres congregaciones. Y presentaremos á las Cámaras una ley que exija la autorización de las Cortes para que puedan establecerse nuevas congregaciones. Las que no estén autorizadas por el poder legislativo, desaparecerán.»

«Este equívoco bastaría para que continuase todo como está. Las Cortes de volterrianos católicos que vinieran, autorizarían el establecimiento de todas las congregaciones existentes y de cuantas lo solicitaran. Y el que lo dude, fíjese en esto.»

El Sr. Moret acaba de lamentarse de que un obispo, el de Ciudad Real, le haya comparado con los Combes, los Viviani, los Rouvier y con otros que en Francia han combatido á la Iglesia. Y ha añadido:

«¡Ah, señores! Yo no quiero que mis amigos ni yo aparezcamos en nuestros hogares, en nuestras casas, de esta manera.»

«Pues si el pastor piensa así ¿qué ha de hacer el rebaño? Corearle con el monótono y degradante ¡be!.. ¡be!..»

### Hay que desengañarnos:

Mientras no haya hombres capaces de vanagloriarse de su anticlericalismo (hoja de parra del anticatolicismo), sin importarles lo que de ellos se opine...

Mientras en la plaza pública ataquen lo que en sus casas veneran ó toleran...

Mientras consientan que sus señoras, sus hijas, sus hermanas, sus tías, y hasta sus suegras les marquen el rumbo que deben seguir...

Mientras tengan por estigma lo que es gloria, y deseen que no se les compare con los hombres antes citados, y se asusten ante la idea de que se les suponga anticatólicos...

Mientras ocurra todo esto, pueden los frailes dormir tranquilos; su poderío aumentará cada día, y en breve podrán aplicar aquí las prácticas que dieron por resultado la pérdida de las Filipinas, lo mismo en lo tocante al apoderamiento de riquezas, que á la po-



sesion de las mujeres, que á la sumisión de los hombres.

De ser yo fraile, influiría con los míos para que los liberales subieran al poder, seguro de que sería el mejor medio de colocarnos pronto en situación legal. Si alguno se atreviera á hacer algún pinito, con decirle que iba á ser arrojado de la comunión de los fieles, y que no alcanzaría en este caso la salvación eterna, cuestión resuelta. El miedo al Infierno, en amigable consorcio con el miedo en la Tierra, dirige hoy la política en este país de incrédulos.

## Ejemplo y advertencia

El Sr. Azcárate es vicepresidente del Congreso.

Si un día un diputado republicano hiciera intervenir en una discusión el nombre del rey, ¿qué actitud adoptaría?

Como vicepresidente, su deber sería hacer cumplir el reglamento de la Cámara; como republicano, no debería preocuparse de los ataques al rey.

¿Cumpliría, si ese caso llegare, con su deber reglamentario, ó haría honor á sus convicciones republicanas?

Creo que lo primero, por una porción de razones en que haría intervenir oportunamente á la palabra conciencia, comodín de cuantos se colocan en situaciones equívocas.

Esto aparte de que el Sr. Azcárate tiene ya hace tiempo resuelta una cuestión parecida, al ahorrar conflictos á los gobiernos monárquicos, sin abdicar de su condición republicana, en la dirección del Instituto de Reformas Sociales.

Que este es el resultado fatal, mejor dicho, lógico, de la mezcla de republicanos y monárquicos. Por algo se repite á cada instante lo de: *no puede servirse á dos señores*.

Y hago esta indicación á los republicanos bloquistas, para que aprendan en ese ejemplo lo difícil que va á serles mantenerse en el puesto que deben estar siempre colocados los hombres de convicciones firmes y arraigadas; el puesto que ellos tuvieron hasta ahora.

## MODELO DE PRETENDIENTES

Anuncio de un periódico japonés, en que una señorita enumera sus perfecciones con la intención de casarse:

«Soy una muchacha muy linda. Mis cabellos ondulan como las nubes. Mi cutis tiene el resplandor y suavidad de una flor. Mi fisonomía es movable como la hoja de un saucel florón. Son melancólicos mis ojos, como la luna. Poseo la fortuna suficiente para cruzar la vida con mi esposo, feliz y de su mano, para contemplar con él las flores de noche y de día. Si pasa sus ojos por este anuncio un joven inteligente, amable y de buena figura, sepa que yo quiero unirme á él para toda la vida y reposar después con él en una tumba de mármol rojo.»

Reproduzco ese modelo acabado de pretender, por si el Sr. de Alvarez, cambiando el femenino por el masculino y enumerando sus méritos políticos en vez de sus perfecciones personales, quiere tomarlo por modelo para pedir la mano de Doña Monarquía.

Por más que esta respetable señora no peque de escrupulosa al elegir, sino que, por el contrario, admita gustosa el desecho de los partidos avanzados con sólo que le juren fidelidad y acatamiento, nunca está demás presentarse con una hoja de servicios decentita.

## La vuelta de Roma

Un poco mustios, cabizudos y meditabajos han vuelto de las peregrinaciones del jubileo papal los borregos y cabritos del neísmo, que se alimentan con la divina alfalfa, como llamaba el padre Claret á las ruedas de molino ultramontanas: hay que verlos cuando se atreven á ser un poco ingenuos.

—Vamos, con franqueza, D. Bobilés, ¿qué ha visto usted en Roma?

—Hombre, le diré á usted, ahora que nadie nos oye; como ver no he visto nada... es decir, sí; porque un peregrino algo despabilado me llamó la atención; vi á unos reverendos padres que entraban con toda compostura en... una casa de lenocinio: irían á convertir á aquellas almas extraviadas; San Ignacio de Loyola así lo hacía en Alcalá.

Otro día, en un cafetúcho, había tres ó cuatro venerables sacerdotes en compañía de varias horizontales y movían una algarazal. Las botellas que llevaban consumidas ya, en el suelo yacían: eran más de veinte.

—Vestían los presbíteros de paisano.

—¡Ah! no, señor; llevaban sus hábitos. He sabido que en Roma es más pecado vestir de pecador que pecar en público, aunque sea con palomitas de esas; y las hay que se dedican con predilección á la gente sagrada.

—En España, principalmente en Barcelona, en Madrid, en Bilbao y en Valencia, las hay también de esas, querido; cuestión de gustos ó de educación religiosa, digo yo.

—¡Ya, ya! ¡Qué cosas sabe uno!

—Todo eso es el abecedario de la vida mística.

—¡Vaya una mística la de Roma! ¿Cree usted que no he sabido más? Yo soy católico, pero no me mamo el dedo ni me la dan á mí los italianos. Mire usted, me chocó bastante ver á no pocos presbíteros acompañados de unos jovencuelos ¡vaya! que me dieron que pensar. Pregunto, ¡nunca lo hubiera hecho! Me contaron que esos chicos, bajo pretexto de ayudar la misa á los clérigos, vivían con ellos en demasiado estrecha unión; que Merry del Val había dado en perseguirlos con poca fortuna, porque entonces empezaron á decir de él: «¡Miren el santol! ¡Pues si vive rodeado de efebos; ahí están Fulani y Zutani, y ese noble que dió un escándalo al ser cogido infraganti por la policía!» Nada, que no se puede con ciertas cosas que están en la masa de la sangre. Y no es sólo Merry el criticado. A los dos días de estancia en Roma ya me habían enseñado al ángelo de este cardenal y al del otro y del otro, y á la devota del de más allá.

—¿Cómo se las compuso usted, puesto que en tiempo de peregrinaciones aquella gente se guarda un poco?

—Llevaba carta de recomendación para cierto casi prelado de la Dataría. ¡Vaya un chasco! Yo le creí obispo ó cosa parecida, pues vestía de morado, y era un pobre hombre con poco sueldo, casado y padre de tres hijas que hacían escapularios y por la noche eran figurantes en un teatrúcho. El, el prelado, tenía en el piso cuarto de una mala calleja donde habitaba, una especie de agencia de sagradas preces y un depósito de libros y grabados pornográficos; á la hija mayor la protegía un obispo impartibus... No se ría usted; la vida es cara, las necesidades muchas. Dicho señor, que no escupe el Chianti ni el Lacrima Christi, me puso al corriente de esas y otras cosas. ¡Cuidado con los rateros en el Vaticano!—me dijo.—Allí se roba hasta las pestañas durante las funciones; los mismos hombres y mujeres pagados para gritar ¡el viva! en los momentos oportunos, le sacan la cartera al peregrino bobo que se descuida.

—¡Pobre fe la de usted, buen amigo, después de saber esas cosas!

—Nada de eso; ¿qué tiene que ver la fe con la vida? Mire usted, los sacerdotes ni creen ni tienen moral; ellos á su oficio del culto; los católicos creemos sin cuidarnos de la moral, y los incrédulos son los que la practican sin fe ni culto; he ahí la gradación que demuestra la realidad.

—No está eso mal dicho, no.

—Así lo habrá dispuesto Dios. Si fuéramos á andarnos en moralidad, virtudes y armas al hombro, nadie sería católico más que los santos de madera. Mi padre estuvo en la facción y de allí trajo una fortuna hecha con el saqueo de dos iglesias y de un ayuntamiento rico, más lo que apañó en varias casas y en el campo de batalla. Pues gracias á eso tenemos qué comer sus hijos.

A mí que no me hablen de vicios de los papas ni de cosas de los cardenales. Soy de Granada, donde todo el mundo sabe qué clase de relaciones eran las del arzobispo difunto con el picador Memento, y cómo se hizo rico el canónigo Juan Soldado (por mote), más ladrón que Gestas, y de quién eran los bienes de otro canónigo, antes pobre como las ratas, luego ricachón. Cada obispado es una Roma chica; Roma, un obispado más grande; he ahí todo, y la fe católica romana en su sitio. Seamos débiles, pero creyentes; la fe es la que salva, con tal que guardemos las formas.

—Admirable, sublime! Parezcamos buenos, la gente nos tendrá por santos y Dios por canallicas. Eso de Roma veduta fede perduto, se ha concluido, y lo comprendo ahora perfectamente.

—Cierta devota no ha sido conmigo tan franca; no obstante, se haclareado.

—No volveré á Roma en peregrinación, me ha dicho; no se pasan más que malos ratos. Me cuesta mucho decirlo; los católicos de esa laya son unos cochinos como la reina Isabel I; ninguno se lava, y echan una peste... Ya usted ve, el tren va llenito, cada vagón atestado como bote de sardinas; así dos mortales días sufriendo aquellos olores que exhalan curas panzudos, hombres sudorosos, mujeres sucias sobre toda ponderación. Ellos fuman, beben, eructan, garga-jean; ellas, á juzgar por la atmósfera, sueltan emanaciones muy opestas á las del ámbar.

—¡Buen incienso para los rosarios y gozos que se cantan en los coches!

—Y para el Vaticano mismo, donde huele también á podrido. ¡Ah! y no faltan peregrinos, sin exceptuar á los de sotana, que se timenten con ellas ni de ellas quienes les hagan caso. Todo el viaje estubo palpándome un canónigo que venía junto á mí; ¿qué hacer sino callarme?

—Y en Roma ¿qué tal?

—Malamente. Nos traen, nos llevan, nos fatigan, todo son apreturas; la comida mala; ver los monumentos de prisas; y en una palabra: allí se mira y no se ve; pero le estrapan á una la bolsa que es una maravilla: hasta los arzobispos piden propinas y los canónigos limosna. Para eso, bien se está San Pedro en Roma y cada uno en su casa.

—Amén; ha dicho usted ahora el Evangelio.

JOSÉ FERRÁNDIZ

## Póngase en claro

Se me dice que una señora de Santander dejó al morir 50.000 pesetas para aplicarlas al dote de las dos primeras santanderinas que profesasen en la Orden de Monjas catequistas, depositando la cantidad en manos del cardenal Sancha.

Las primeras que tuvieron esta idea fueron la Srta. D.<sup>a</sup> Luz Martínez R. de la Escalera, hija del director de la Tabacalera, y D.<sup>a</sup> María Antonia Bustamante, hija de un magistrado de aquella Audiencia, que en estos días ha sido trasladado á Oviedo.

Al fijar estas señoritas el día en que iban á profesar, avisaron al cardenal para que depositase la dote en dicho convento, y recibieron la contestación de que *por ahora no había fondos*.

Así estaban las cosas, cuando Dios llamó á su seno al prelado cuyas virtudes ha cantado la prensa de todos los matices hace un par de semanas, y parece ser que las 50.000 pesetas no parecen.

Hago público esto que se me dice, para que, si no es cierto, lo desmienta quien deba; y si lo es, para que se vea la manera de remediarlo, á fin de que la memoria de Sancha no padezca por esta causa. Sea terrible para la Iglesia el que se dijera con razón:

«Si el Primado de las Españas disponía así del dinero ajeno, y dinero destinado á proporcionar esposas á Cristo, ¿qué no harán curas y frailes con el que caiga en sus manos y que no se destine á tan cristianas empresas?»

Nadie más interesado que el clero en que de cualquier modo, y cueste lo que cueste, se solvete esa deuda, si es que existe. Una suscripción pública quizás surtiera el efecto apetecido.

Si se abre, cuéntese con el modesto óbolo de este impio, dispuesto siempre á hacer los mayores sacrificios para que no padezca el buen nombre de la Iglesia. Ni el de sus príncipes.

## Por meterse á redentor...

¿Quién le mandó al Sr. Salillas meterse á reformador penitenciario? ¿Acaso no sabe que el estado de las cárceles y presidios de una nación corresponde exactamente á la situación moral y material de la misma?

Con cinco minutos de reflexión tenía de sobra para comprender que arriesgaba incluso la vida, lanzándose á la magna empresa de civilizarnos un poco penitenciarmente. Si hubiera pensado en las prisiones de Marruecos, ó en las jaulas chinas, y después las hubiese comparado con nuestras ergástulas, relacionando los medios sociales que representan y de que son consecuencia, habría retrocedido como retrocede el navegante ante la tempestad que le amenaza á la salida del puerto seguro.

Había propagado y defendido ideas europeas en materia de punitivas estadísticas, y cuando le pusieron en la dirección de la Cárcel Modelo de Madrid, quiso llevarlas á la práctica. Y reformó, de *foud an comble*, la organización interna del establecimiento, aboliendo las infamias en él consuetudinarias, y que aumentaban la pena de los presos, recargándola con aflicciones en que no pensaron los jueces al condenarlos.

Nakens ayudóle en su campaña. Y los enfermos de pulmonía dejaron de ser reconocidos en una galería sin cristales, expuesta á los mortíferos vendavales del Guadarrama. Y el rancho fué mejorado, y las palizas suprimidas, y las explotaciones evitadas. Y no volvió á entrar en el establecimiento el alcohol que embrutece y empuja al crimen. Y los presos fueron tratados como hombres criminales, pero como hombres al fin...

Sin embargo, todos los perjudicados por las reformas le declararon la guerra. Una conjuración que extendió sus redes poco á poco por todas las cárceles de España amenazóle. Apenas se ausentaba Salillas de la Modelo daban los presos *tapadera*; es decir, se amotinaban. Y en dos ocasiones, algunos de ellos, excitados por los mismos vigilantes, han tratado de matarle.

Nakens reveló lo que ocurría en un formidable artículo. La opinión alarmó al saber que los condenados á muerte eran impulsados al asesinato por los que el gobierno paga para que les vigilen.

¿Y qué? Tal vez ese empleado que entregó la llave de su celda al preso Garrochotegui, aconsejándole de paso saliera á la galería y *diera un golpe á Salillas*, irá á presidio; pero la conjuración que dirigen personas de todos conocidos, continuará laborando en la sombra. Porque la Cárcel Modelo de Madrid

amenaza al régimen imperante en las demás de España, ya que su ejemplo constituye un reproche intolerable para los que cometen las faltas que censuran los penalistas modernos.

En otros presidios se dice que en Madrid no hay vergajo, ni se comercia con el rancho de los presos, ni se les hace sufrir más penas que las acordadas por los tribunales. «¡La Modelo madrileña es un peligro constante para la disciplina carcelaria!», gritan los bien avenidos con el viejo orden de cosas.

«¡Pobre Sr. Salillas! ¡Tan tranquilo como estaba antes de que le encargasen de la dirección del sombrío edificio de la Moncloa! Y ahora una legión de empleados altos y bajos, repartida por toda España, le aborrece y maquinan contra él y conspira para derribarle. Y unos cuantos miserables le amotinaban la población penal, y buscan asesinos borrachos que le acometen navaja en mano cuando nadie puede prestarle auxilio.

¡Váyase! ¡Reserve su tenacidad aragonesa para obras en que pueda ser mejor empleada! ¡Refúgiase en la tranquila paz de su despacho, y conségrese de nuevo á sus estudios y á sus artículos!

En Marruecos, los presos son encerrados en mazmorras. En China, en jaulas. En Turquía, antiguamente, se les machacaba en un mortero, y antes de la Revolución, si eran considerables, se les ahogaba en el Bósforo. En Persia se les deja sin comer, mientras llega la hora de crucificarles con los pies para arriba. Salillas creyó que nosotros éramos más civilizados, y quiso—¡crimen horrible!—que el reglamento de prisiones fuese cumplido. Pues ya ve que no. El régimen penitenciario de un país es resultante de su régimen político. Aplíquese el cuento, y obre en consecuencia.

A Jesucristo lo asesinaron por predicar redenciones. A Salillas le dejarán seco de una puñalada el mejor día, por querer que los presos sean tratados como delincuentes, pero también como hombres, y no cual bestias feroces.

FABIAN VIDAL

Un redactor católico se postra de rodillas ante el arzobispo de Granada, suplicándole que le levante la excomunión fulminada por haber copiado una noticia desagradable para el señor arzobispo, y usó ilustrísima responde airado:—Yo no rectifico; que venga Dios y la levante, si es capaz.

Esta referencia es del diputado Sr. Romero, que la manifestó discutiendo con el ministro de Gracia y Justicia.

El Sr. Romero debe de estar mal informado: no es creíble que un ministro del Señor, un príncipe de la Iglesia, un discípulo de aquel que murió en una cruz por predicar la humildad y el amor, haya dicho tales demasías. «¡Que la levante Dios, si es capaz!» Eso se lo he oído yo á muchos chulos; pero á los arzobispos de Granada ó de otra parte, no. Verdad es que no me trato con ellos.

FABIAN VIDAL

Un redactor católico se postra de rodillas ante el arzobispo de Granada, suplicándole que le levante la excomunión fulminada por haber copiado una noticia desagradable para el señor arzobispo, y usó ilustrísima responde airado:—Yo no rectifico; que venga Dios y la levante, si es capaz.

Esta referencia es del diputado Sr. Romero, que la manifestó discutiendo con el ministro de Gracia y Justicia.

El Sr. Romero debe de estar mal informado: no es creíble que un ministro del Señor, un príncipe de la Iglesia, un discípulo de aquel que murió en una cruz por predicar la humildad y el amor, haya dicho tales demasías. «¡Que la levante Dios, si es capaz!» Eso se lo he oído yo á muchos chulos; pero á los arzobispos de Granada ó de otra parte, no. Verdad es que no me trato con ellos.

Un redactor católico se postra de rodillas ante el arzobispo de Granada, suplicándole que le levante la excomunión fulminada por haber copiado una noticia desagradable para el señor arzobispo, y usó ilustrísima responde airado:—Yo no rectifico; que venga Dios y la levante, si es capaz.

Esta referencia es del diputado Sr. Romero, que la manifestó discutiendo con el ministro de Gracia y Justicia.

El Sr. Romero debe de estar mal informado: no es creíble que un ministro del Señor, un príncipe de la Iglesia, un discípulo de aquel que murió en una cruz por predicar la humildad y el amor, haya dicho tales demasías. «¡Que la levante Dios, si es capaz!» Eso se lo he oído yo á muchos chulos; pero á los arzobispos de Granada ó de otra parte, no. Verdad es que no me trato con ellos.

Un redactor católico se postra de rodillas ante el arzobispo de Granada, suplicándole que le levante la excomunión fulminada por haber copiado una noticia desagradable para el señor arzobispo, y usó ilustrísima responde airado:—Yo no rectifico; que venga Dios y la levante, si es capaz.

Esta referencia es del diputado Sr. Romero, que la manifestó discutiendo con el ministro de Gracia y Justicia.

El Sr. Romero debe de estar mal informado: no es creíble que un ministro del Señor, un príncipe de la Iglesia, un discípulo de aquel que murió en una cruz por predicar la humildad y el amor, haya dicho tales demasías. «¡Que la levante Dios, si es capaz!» Eso se lo he oído yo á muchos chulos; pero á los arzobispos de Granada ó de otra parte, no. Verdad es que no me trato con ellos.

Un redactor católico se postra de rodillas ante el arzobispo de Granada, suplicándole que le levante la excomunión fulminada por haber copiado una noticia desagradable para el señor arzobispo, y usó ilustrísima responde airado:—Yo no rectifico; que venga Dios y la levante, si es capaz.

Esta referencia es del diputado Sr. Romero, que la manifestó discutiendo con el ministro de Gracia y Justicia.

El Sr. Romero debe de estar mal informado: no es creíble que un ministro del Señor, un príncipe de la Iglesia, un discípulo de aquel que murió en una cruz por predicar la humildad y el amor, haya dicho tales demasías. «¡Que la levante Dios, si es capaz!» Eso se lo he oído yo á muchos chulos; pero á los arzobispos de Granada ó de otra parte, no. Verdad es que no me trato con ellos.

Un redactor católico se postra de rodillas ante el arzobispo de Granada, suplicándole que le levante la excomunión fulminada por haber copiado una noticia desagradable para el señor arzobispo, y usó ilustrísima responde airado:—Yo no rectifico; que venga Dios y la levante, si es capaz.

Esta referencia es del diputado Sr. Romero, que la manifestó discutiendo con el ministro de Gracia y Justicia.

El Sr. Romero debe de estar mal informado: no es creíble que un ministro del Señor, un príncipe de la Iglesia, un discípulo de aquel que murió en una cruz por predicar la humildad y el amor, haya dicho tales demasías. «¡Que la levante Dios, si es capaz!» Eso se lo he oído yo á muchos chulos; pero á los arzobispos de Granada ó de otra parte, no. Verdad es que no me trato con ellos.

Un redactor católico se postra de rodillas ante el arzobispo de Granada, suplicándole que le levante la excomunión fulminada por haber copiado una noticia desagradable para el señor arzobispo, y usó ilustrísima responde airado:—Yo no rectifico; que venga Dios y la levante, si es capaz.

Esta referencia es del diputado Sr. Romero, que la manifestó discutiendo con el ministro de Gracia y Justicia.

El Sr. Romero debe de estar mal informado: no es creíble que un ministro del Señor, un príncipe de la Iglesia, un discípulo de aquel que murió en una cruz por predicar la humildad y el amor, haya dicho tales demasías. «¡Que la levante Dios, si es capaz!» Eso se lo he oído yo á muchos chulos; pero á los arzobispos de Granada ó de otra parte, no. Verdad es que no me trato con ellos.

Un redactor católico se postra de rodillas ante el arzobispo de Granada, suplicándole que le levante la excomunión fulminada por haber copiado una noticia desagradable para el señor arzobispo, y usó ilustrísima responde airado:—Yo no rectifico; que venga Dios y la levante, si es capaz.

Esta referencia es del diputado Sr. Romero, que la manifestó discutiendo con el ministro de Gracia y Justicia.

El Sr. Romero debe de estar mal informado: no es creíble que un ministro del Señor, un príncipe de la Iglesia, un discípulo de aquel que murió en una cruz por predicar la humildad y el amor, haya dicho tales demasías. «¡Que la levante Dios, si es capaz!» Eso se lo he oído yo á muchos chulos; pero á los arzobispos de Granada ó de otra parte, no. Verdad es que no me trato con ellos.



forma del Centro dejándose «comer» a besos y abrazar por sus padres, por sus abuelos, por sus hermanos...

En los bancos, en los escalones, en el suelo, la inocencia redentora abrazaba a la desdicha, tal vez al crimen y al delito. Aquí un viejo andrajoso de hirsuta barba é inculta pelambre cariciaba ávido la suave cabellera de avispa rubia; allá un pobre diablo abarcaba con un solo abrazo a tres pequeños, que charlaban atropellados y al mismo tiempo con la no aprendida armonía de los pájaros; en este lado una mocita soporosa hercúlea y grave el peso de moñudo mamón; en el otro una hermana de la caridad sostenía a un individuo poco ó nada dcho en el uso de las pernezuclas...

Pero ¿quién habrá tan seco de entrañas que no sienta emoción vivísima, que le impida ver otra cosa que el conjunto de cuadro tan bello, tan enternecedor? No vi yo más, y tampoco lo vió un hombre que estaba a mi lado, un hombre que realizara sublime delito, de quien habrá oído hablar...

Suenan unas palmadas; los niños se despiden de sus padres, de sus parientes, y tras ellos se cierra la formidable puerta de la Prisión. Los presos van entrando en sus celdas, muchos con los ojos llenos de dulcísimas lágrimas.

Han pasado más días, y la ráfaga de amor y de inocencia ha oreado repetidas veces la Cárcel, tal vez ahuyentando siniestras imágenes y aventando torvos propósitos.

Quien vea a los niños cuando entran en el Centro tender sus manitas, llamar con alegre chillido al padre, que avanza rápido desde el fondo de la galería; quien vea a los presos regalar a sus pequeños caballos y muñecas de cartón comprados en la fábrica de la casa, ó dulces, ó chucherías, ó algún dinero, ó el negro pan del día; quien vea la delicadeza, los mil extremos, la coquetería con que es ofrecido el obsequio, amará a la humanidad, amará a estos tristes despojos de ella, en este lugar arrojados por la miseria, por la desdicha, por la ignorancia, por la pasión.

¿Qué piensan, qué sienten los niños? No fué conmigo piadosa la Naturaleza, y sus ciegos y cruentos rigores me privaron de la dicha de ser padre; pero ya que este placer me esté vedado, he tenido el de abrazar y besar aquí a inacabable lechigada de sobrinos.

Cuando salí a verlos, el mayor, un personaje serio y grave, celaba y contenía a sus hermanitos para que se condujeran con la dignidad, buenas formas y respeto a «lo legislado» que el caso requería. Fué él quien primero me atisbó y quien dió noticia del feliz descubrimiento a sus hermanos. Los dos más pequeños—son cuatro los que entraron,—nada respetuosos con el reglamento de la Cárcel, intentaron salir a mi encuentro, pero el mayor los detuvo. ¡Le habían dicho que estas entrevistas no podían efectuarse sino en la plataforma del Centro, y él es hombre que tiene noción clara del deber!

Llegué a ellos, me entregaron unos cigarrillos que habían comprado con sus ahorros, charlamos, reímos, jugamos y... me quedé sin saber lo que piensan los pequeños.

Es decir, no me quedé sin saberlo; lo sé, lo sabe usted. Piensan y sienten que es bárbaro que se les prive del placer de salir corriendo al encuentro del ser querido; piensan y sienten que no debería haber cárceles, que no debería existir aquella tremenda puerta de hierro... y tal vez tienen razón.

Dicen—hay hombres sin entrañas—que debe prohibirse por corruptora la entrada dominical de los niños en la Prisión; dicen que entrando en ella con ella se familiarizan; dicen que es malo cuanto pueda dar un rayo de felicidad y de poesía a la Cárcel.

¿Qué saben esos desdichados! Como yo, piensa usted de seguro que la ternura, el amor, el cariño, la consideración fueron y serán los mayores redentores; que no se eleva, ni se redime, ni se dignifica al hombre degradándole, deprimiéndole, haciéndole sentir, con la dureza de la ley, todo el oprobio de su condición, el peso entero de su desdicha, la angustia infinita de su soledad.

No, no; que entren los niños en la Prisión, que todos los domingos podamos gozar la emoción intensa que suscita este cuadro de ternura, la visión de estas caricias de pureza inmaculada, la grata música de la algazara infantil, el chasquido sublime de los besos redentores.

Que veamos a estos niños limpios y endomingados, aunque—¡ay!—los más, con sus rostros exangües, con sus miembros flacos, nos indiquen que en ellos se posó la bárbara y homicida mano de la miseria.

Y es lástima que los poderosos de la tierra, los hombres que hacen las leyes, los hombres que las aplican y hasta los hombres que las quebrantan, no puedan ser espectadores de tan fortalecedoras escenas, porque como todos ellos tuvieran corazón, y pensasen, como habrían de pensar, en sus pequeños, la ola de ternura y de amor rebosaría de la Prisión y llenaría el mundo, y estaríamos, quizá, en el comienzo del acamamiento del mal...

Dígnese, señora, mandar a este siervo y amigo de usted que queda a sus pies,

J. J. MORATO

11 Marzo 1909.

## CÁRCEL MODELO

### Todo al descubierto

La Revista de Prisiones, dirigida por el abogado D. Timoteo Antonio Gil, publicó un artículo contra el Sr. Salillas, aludiendo a los sucesos del día 24; qué tal sería el artículo, pruébalo esta nota que se creyó obligado a ponerle:

«No hemos visto los actos de referencia, pero el artículo nos lo remite persona de responsabilidad, y que nos merece entero crédito, creyendo que haya sido testigo presencial de los sucesos. (N. de la R.)»

El Sr. Salillas, que viene oponiendo a los ataques que le dirigen individuos del Cuerpo de Penales el desprecio que merecen, demandando en vista de esa nota al Sr. Gil, para ver si lograba saber quién era el autor del artículo, y en el juicio de Conciliación celebrado en el Juzgado municipal del Hospital, se puso en claro: que el artículo lo había mandado, cual si fuese suyo, D. Antonio Belled, joven estudiante, hijo de D. Enrique Belled, jefe de la Prisión Celular, y que vive con su padre en el pabellón que éste ocupa en dicho establecimiento, pero que no pudo ser testigo presencial de los sucesos, ni desempeña cargo alguno en la prisión. El que los presenció fué el autor de sus días.

Y he aquí ya perfectamente confirmado lo que he venido diciendo acerca de la conjura fraguada contra el Sr. Salillas. Las personas más inmediatas a él; las que tienen el deber de obedecerle por disciplina; las que, si encontraran en sus actos algo censurable, deberían, ó advertírselo respetuosamente, ó acudir valientemente en queja a la superioridad, son las que se valen de esos medios para desacreditarle en la opinión, crearle odios, buscarle conflictos. ¿Que en este caso no ha sido el jefe de la Cárcel, sino su hijo? Ya estoy viendo dibujarse una mueca irónica en el rostro de mis lectores y exclamar: «Esto añade gravedad al hecho; tras la deslealtad, la cobardía.» Porque aun suponiendo que el artículo fuera efectivamente del hijo, y el padre no se hubiera enterado, siempre resultaría que el hijo lo había escrito a sabiendas de que no había de disgustarle al padre. Además ¿quién lo enteró de lo ocurrido en la Cárcel?

Pero dejaré este argumento, pequeño y baladí al lado de esta noticia que *El País* da con precisión y valentía:

«Sabido es, dice, que el día 18 dos presos del correccional embriagados, se negaron a cumplir ciertas órdenes y quisieron promover un motín. Uno de ellos, el exordenanza Mateo del Pozo, buen preso antes del suceso, agredió al director con una navaja, grande según referencias de testigos presenciales. La navaja no pareció hasta que el día 22, al instruir diligencias el jefe, dos penados declararon que él había recogido el arma con que se atentó a la vida del director. ¿Cómo el jefe ocultó al Sr. Salillas que él tenía la navaja? El hecho es que después de esa acusación hecha ante él, como juez, por dos penados, el jefe siguió guardando la navaja, que entregó el día dos del corriente al juez de instrucción.

El arma, que obra ya en poder del juez, es una navajita desvencijada, no la navaja grande de que hablan algunos penados.

Estas dudas adquieren cuerpo después de conocer el artículo del hijo del jefe:

Dejando sin comentar este asunto, que el juez de la causa esclarecerá, paso a copiar esto otro que escribe *El País*:

«Pero no es esto tan importante por sí, como por demostrar patentemente la pugna en que están el director de la Cárcel Modelo, un hombre de los méritos y de la fama universal del Sr. Salillas, y los funcionarios a sus órdenes.

Y no es el jefe el mayor culpable, ni los empleados de menor categoría, ni los que escriben artículos contra su jefe; los principales culpables de cuanto ocurre están en el Ministerio de Gracia y Justicia y en la Dirección de Penales.

El hecho de no corregir esta indisciplina, de no remediar esta pugna, implica tanto cuanto formar en las filas de los conjurados. Parece que en la Dirección se desea hacer saltar a Salillas, sin tener la nobleza y el valor de destituirlo.

El Sr. Salillas fué nombrado por los liberales, pero el fundamento legal de sus actos está en los decretos que siendo ministro de Gracia y Justicia firmó el Sr. Dato. Se teme a conservadores como Dato y Sánchez Toca, y se teme, sobre todo, a la opinión. De aquí el amparo moral que en la Dirección de Penales encuentran todos los conjurados contra Salillas.

Diffícil es su situación, casi imposible. Sus enemigos le cercan, arman las manos de penados ébrios, dictan artículos contra él ó inspiran al ministro silenciosos expresivos, cargos embozados y frialdades elocuentes. El señor marqués de Figueroa no es un gobernante, es un gobernado; un manejado ó inspirado por los conjurados de la Dirección.

Resístase con ánimo aragonés Salillas; no dimita; deje que se atrevan a consumir en la Gaceta el navajazo frustrado en la galería quinta de la Prisión Celular. Va en ello interesado el porvenir de la Reforma penitenciaria.

En las Cortes, en la prensa y en mítins públicos si fuese necesario, hay que exigir a Maura, no al ministro prisionero de los conjurados de Penales, una solución digna del Estado.

El combate entre un hombre-bandera y los enemigos de la Reforma penitenciaria se sigue con interés fuera de España. No lo olviden los que tienen el deber de resolver.

Uno mi voz a la enérgica de *El País*. Si, tiempo es ya de que acabe todo esto; que enmudezcan avergonzados, si no es imposible, esos periódicos que callan sistemáticamente ante las infamias de todas clases que algunos empleados del Cuerpo cometen. (Hace poco ha pasado el director de Penales una circular recomendando la moralidad, no sé si con motivo de las 9.000 y pico de pesetas evaporadas en Cartagena, de los vagones de cemento desaparecidos en Ocaña, de lo ocurrido recientemente en el Reformatorio de Alcalá, tan elogiado del ministro de Gracia y Justicia y del que ya me ocuparé algún día extensamente, ó de otros hechos que irán saliendo.)

Tiempo es ya de que a todos los altos empleados de la Cárcel Modelo de Madrid se les releve, ó se les obligue a obedecer y callar, cosa esta última que no les costará gran trabajo, dada la costumbre, que siempre tuvieron, de callar ante las crueldades y los expolios cometidos por otros directores.

Tiempo es ya de que se ponga al frente de la Dirección de Penales a un hombre que sepa lo que se trae entre manos; que castigue con mano dura las transgresiones de ley; que cuando visite los Penales ponga su gestión a la altura de las 75 pesetas diarias de dietas que se señala; que responda, en fin, a lo que debe exigirse a todo el que desempeñe cargos difíciles.

Ya sé que ahora, para ver si pueden disculpar su conducta rastrera y miserable, dirán acaso los enemigos altos y bajos de Salillas que si no reúne todas las condiciones necesarias para ejercer su cargo. ¿Que no las reúne, y lleva en él dos años y medio sin haber tenido más conflictos que los que le han creado? Hay que reírse y preguntarse: ¿Y por qué, si es cierto lo que ustedes dicen, no lo han destituido? ¿Es así como cumplen su deber ese director y ese ministro de Gracia y Justicia?

Y no digo más por hoy. Ya tendré ocasión de insistir en ciertos puntos y descubrir otros. Una cosa, sí, he de adelantarles en confianza a mis lectores, y es que tengo más deseos que todos los empleados juntos de Penales de que el director y el ministro secunden los planes de los enemigos de Salillas, relevándole del cargo. Me relamo de gusto pensando en los artículos que yo escribiría, hasta llevar al convencimiento del más obtuso de Penales, que la permanencia de Salillas en el Cuerpo era para todos, empleados y presos, garantía de muchas cosas nobles y elevadas.

JOSÉ NAKENS

## Alejandro Sawa

Ha muerto este notabilísimo y brillante literato y enérgico periodista.

Talento, estilo, originalidad, todo lo tenía en altas dosis; era un artista completo.

Deja varios libros notables: *La mujer de todo el mundo*, *Noche*, *Crimen legal*, *Declaración de un vencido*. Este, sobre todo, es hermosísimo.

Allá por los años 1884 y 85 colaboró en *El Motín*, escribiendo para su Biblioteca dos novelas de poca extensión, *La sima de Igúzquiza* y *Criadero de curas*, que demostraron ya lo mucho que valía.

Vivió después en París muchos años, y al volver demostró en cuanto hizo, en las Crónicas especialmente, que podía competir en gracia, elegancia y profundidad con los primeros literatos franceses.

Hace unos meses que estaba ciego, y dictaba las hermosas páginas que aparecían en los periódicos más leídos de Madrid.

Reciban mi pésame su viuda, su hija y sus hermanos. Y la literatura y el buen gusto.

## Los puntos sobre las íes

Pedro Gómez Chaix, uno de los hombres de más valía del partido republicano, aunque su modestia se empeñe en ocultar esa valía, ha pronunciado en Málaga un razonado discurso contra el bloque, fijando en esta forma la actitud que debe adoptar el partido republicano:

«Dicen los juristas que hay costumbre

según ley, costumbre contra ley y costumbre fuera de ley. La primera es aquella que aclara la ley dudosa; la segunda, la que deroga la opuesta a la opinión pública, y la última, la que suple la ley incompleta.

Pues bien: el partido republicano no puede ir con el bloque, ni contra el bloque porque su posición sólo fuera del bloque está. Combatirlo sería alentar las audacias reaccionarias; apoyarlo sería cometer una deslealtad con nuestras ideas y con nosotros mismos. Luche y prospere sin nuestro concurso; no serviremos de obstáculo en su camino; sepan sus hombres que no ha de faltarnos nuestra aquiescencia para toda empresa liberal; pero, entre tanto, digamos también que los republicanos de Málaga no tenemos nada que ver con el bloque ni con Moret. He aquí nuestra fórmula clara, precisa, terminante.

Todo cuanto he dicho del bloque está contenido en esa fórmula sencilla: *ni con él ni contra él*.

He luchado para estorbar que los republicanos ingresaran en el bloque. Hoy que ya está formado y que se han ido con los liberales cuantos aguardaban la ocasión propicia para salvar la libertad, sería inútil continuar combatiéndolos.

Si un día se formase el bloque republicano, por el cual también aboga Gómez Chaix, y llamáramos a los bloquistas de nuestro partido, y no viniesen, les daríamos el último adiós, y continuaríamos laborando en lo nuestro.

Alguien ha dicho que es demócrata antes que republicano y liberal antes que demócrata; nosotros, sabiendo que en la palabra republicano van contenidas virtualmente las de demócrata y liberal, continuaremos llamándonos republicanos para indicar que amamos y defendemos la libertad y la democracia.

Mi enhorabuena a Gómez Chaix por su elocuente, hábil y político discurso

## Caso extraño

Fué el obispo de Madrid Sr. Guisasaola al pueblo de Cobena en pastoral visita, y enteróse de que dos vecinos acababan de casarse civilmente. Subió al púlpito y dijo contra el matrimonio civil cuanto se le antojó, llamándole asqueroso concubinato, acto inmoral, etc., etc., y poniendo como nuevos quienes lo contraen.

Calculen el efecto que en un pueblo de trescientos habitantes producirían sus palabras: los honrados contrayentes se vieron despreciados, insultados y amenazados por sus convecinos.

Un hombre justo y amante de la ley, don Salvador Hidalgo, secretario del Juzgado municipal, con una valentía de que se dan pocos casos, publicó un edicto demostrando que el acto de contraer matrimonio civil era lícito y legal y que cualquiera que dijese lo contrario daría muestras de desconocer la ley y mentiría descaradamente, cualquiera que fuese su cargo y representación.

Y esto, que debió servir para que sus superiores le elogiase por su amor a la justicia y su entereza, le acarrió un proceso, por injurias a la autoridad episcopal, siendo últimamente condenado a dos meses y un día de arresto. Interpuso recurso y allá veremos si el Supremo lo admite.

No creo que el Sr. Hidalgo sea condenado al fin; más si lo fuese, iría a la cárcel a refrendar su ejecutoria de honrado, valiente, defensor de la ley, y amparador de la justicia. Y esto es muy hermoso.

Leo que un Sr. Rodillo, párroco de un pueblo de Extremadura que no se cita, sacó dinero a los fieles para reedificar la ermita de San Bartolomé, y con el importe compró dos cerdos que engordó de matute en el monte de los vecinos de Villar.

Pues lo aplaudo. Si el dinero que se emplea en crear fanáticos en España se aplicara a comprar cerdos, eclipsaríamos pronto a Chicago en tan sustanciosa industria.

¿Que sacó con engaño a los fieles el dinero con que compró los cerdos? Conformes; pero con eso les advirtió que no debe darse nunca dinero a los curas bajo ningún pretexto; es decir, que trabajó contra sus intereses.

Lo dicho; lo aplaudo.

## Libros en venta

Con el 25 por 100 de rebaja a los suscriptores.

DE TRES PESETAS

*Degradaciones y cobardías.—Puñado de ironías*, por José Nakens.

DE UNA

*Las ruinas de Palmira*, por Volney.



## LUS BUENOS PASTORES

Hace meses que por las ciudades inglesas arrastran los menesterosos sus sombras do-lientes é iracundas. Piden pan y trabajo, la suprema aspiración de los desheredados en todos los parajes de la Tierra. El clero protestante examinó la causa de los obreros ingleses, y la encontró justa. ¿Qué causa más justa que no morir de hambre á la vista de enormes riquezas, junto á los inmorales despilfarros del lujo, en ciudades llenas de esplendor, donde se acumulan tesoros fraguados por el esfuerzo y la fatiga de millones de hombres? Cuando en siglos venideros estudien la situación de las presentes sociedades civilizadas, les parecerá ese contraste tan monstruoso como á nosotros la convivencia de los millones de esclavos con los miles de patricios bajo el Imperio de Roma, y creerán en los milagros de la está-tica social.

El clero inglés se ha adherido á la acción de los obreros. Pastores protestantes los organizan, los dirigen, los alientan. Y del seno de las multitudes miserables se alza una voz que, en nombre del Evangelio, dice á los ricos que el abandono es un crimen, y que una organización social donde los más sufren y muchos perecen y pocos recogen todos los frutos de la tierra y del trabajo es una organización injusta, condenada por Dios, enemiga de la Humanidad. ¿Son esas las palabras y la actitud del clero español frente á las reivindicaciones proletarias? Ningún enemigo más sañudo de la causa del pueblo que la clerecía de nuestro país. De sus labios no caen palabras de esperanza y de aliento, sino condenaciones contra los humildes que se rebelan, contra cuantos han hambre y sed de justicia social. La silueta del eclesiástico no va unida en España á legítimas reclamaciones de los desposeídos, sino á la cruenta y fatídica evocación de las guerras civiles. Han abandonado al pueblo, persiguen y torturan al pueblo; ¿cómo el pueblo no los ha de combatir y escarnecer?

Las agrupaciones obreras procuran una obra de justicia; ¿dónde deberían encontrar sus aliados más eficaces sino en los ministros del Evangelio? Un mismo espíritu satura la evolución del siglo xx y las doctrinas galileas. Sin leer á Malato, son muchos los hombres que han percibido la identidad entre la revolución cristiana y la revolución social. Ambas son la rebeldía espiritual del humilde contra la insolente crueldad de la riqueza; la afirmación de la fe en una justicia más alta, justicia reparadora, que dará su premio al sufrimiento y á la miseria y hará de los últimos los primeros; la invocación de una igualdad y de una fraternidad que traerán á la tierra el reino de Dios. ¿Cómo no han de ser infieles depositarios del espíritu de Jesús quienes hicieron desde hace siglos alianza con el rico y el poderoso para sujetar y oprimir al desvalido? ¿Dónde está aquel espíritu franciscano que dió al Evangelio otra primavera?

La culpa no es de la enseñanza católica. El pecado fundamental de esta doctrina le es común con todas las religiones positivas: la hostilidad al libre vuelo del espíritu y la intolerancia, que es su resultado, pertenecen por igual á católicos y protestantes. La culpa es de nuestro clero nacional, del clero español, extraño en su conjunto á todas las disciplinas del entendimiento; retórico en sus predicaciones; oficinista en su ministerio; falto de aquella lumbre cordial que abraza el alma en anhelos de justicia y amores del caído. Católico es el Sr. Ireland, y escribe: «Es que esta repentina revolución de hombres que reclaman la justicia social y el bienestar social no es la vibración del grito que se alza del seno mismo de la Iglesia desde que fueron dichas por su fundador estas palabras: «Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y el resto se os dará por añadidura». Católico es el cardenal Manning, y sostiene que en caso de una necesidad extrema todos los bienes se convierten en propiedad común. ¿No son gemelos esta afirmación y el proyecto del ministro socialista francés Millerand eximiendo de responsabilidad penal en el caso de robo por hambre? Los espíritus nobles se encuentran al fin, de cualquiera latitud que vengan.

Católico es el abate Millot, y asigna al clero el deber de cooperar á la reforma de las sociedades en su libro. ¿Qué debe hacerse por el pueblo? Y el pueblo belga pone por obra esas doctrinas, y dirige y organiza á los miseros, á los humildes, á los pequeños; polvo de Humanidad, porque los desvalidos son el rebaño cuya defensa contra los poderosos, contra los grandes carniceros de la Tierra, que sustentan sus esplendores con aflicciones y vidas ajenas, les encomendó Jesús. ¿Qué hace, qué ha hecho el clero español? ¿A qué movimiento generoso está asociado? ¿Cuáles son sus ejecutorias para la gratitud ó la adhesión? Acaban de emprender los socialistas una campaña: piden que se cumpla la ley sobre trabajo de las mujeres y los niños, que se proteja contra el accidente á los mineros, que se fije un máximo de horas de jornada. ¿Cómo no son los predicadores del Evangelio quienes tremolan esa bandera? Si algún día lo intentan, será tarde; como las vírgenes necias, dejaron apagar sus lámparas...

Han desertado su puesto; han renegado su causa, que es la del pobre. Pero expían

su culpa. El pueblo los mira con irredimible encono. Los ricos no los estiman, por-que la estimación sólo se otorga á la grandeza moral; reducidos á condición servil, los clérigos en las casas pudientes no reba-san, como ayos ó consejeros, las lindes de una domesticidad asalariada y humillante. En el Estado son otra legión de la burocracia adscrita á la nómina. Muerta la fecundidad de su apostolado, sólo son capaces de utilizar para la discordia el poder que la supervivencia del fanatismo aún les concede. Seca la raíz, ese árbol ya no produce, ni brotes de justicia, ni frutos de caridad.

Se afana el clero español por rescatar la consideración y el influjo que perdió para siempre. ¿Por qué os torturáis, intérpretes del Evangelio? Es muy sencillo. Vivid, no de la letra, sino del espíritu del Libro Santo. Sed pobres, humildes, mansos de corazón. Rechazad los oropeles, las bordadas mitras, los áureos petos constelados de piedras preciosas, los costosos anillos, el esplendor pagano de vuestras personas y vuestras fiestas; «no atesoréis en la tierra, porque donde el hombre tiene su tesoro tiene su corazón»; despojáos de la soberbia y el regalo; buscad al pobre y aliviad su miseria; sed sencillos y caritativos é indulgentes, como lo fué el Nazareno; que vuestras palabras no salgan de los labios, sino del pecho, y que vuestras obras se acomoden á vuestras palabras; amad al que os odia y socorred al que os persigue; haced que toda vuestra vida sea una oración, un homenaje al Dios del Evangelio, que es justicia y misericordia unidas, porque es amor.

BALDOMERO ARGENTE

## Cura, sociólogo y panadero

El periódico de Huelva, *Juventud Rebelde*, trae nuevos datos de Pedro Román Clavero, cura de la iglesia de la Concepción, que dejó en la calle al sacristán después de treinta y tres años de servicio y sabiendo que no tenía otro amparo.

A poco de tomar posesión, dice el colega, le arrebató el cargo de colector.

Al año siguiente le despojó de los derechos que tenía como campanero, obligándole á que lo siguiera desempeñando gratis.

Tenía el sacristán unas colgaduras, de que carecía la parroquia, por las que cobraba una modesta retribución en bautizos y honras. El cura cobraba por ponerlas, y no le daba nada al dueño.

Desde 1891 ha surtido el sacristán de agua á la iglesia, pagando á la empresa. No ha logrado que el cura le abone esa deuda.

Y no sólo con el sacristán se ha portado de ese modo. Al sorchantre, padre de cinco hijos, lo ha dejado también en la calle.

Este cura modelo, á quien va á llevar á los tribunales el sacristán, pertenece á la Junta de Reformas Sociales, y regenta además la panadería de San José.

Y como individuo de la Junta de Reformas, no paga lo que le debe á un jornalero del templo; y como jefe de una panadería, le priva de mantener relaciones con el pan.

¡Bravo ejemplar de la clase!

El día 3 del actual se celebró en el teatro Real una función á beneficio de las escuelas públicas de Madrid. Estuvo casi vacío.

Se explica. No estamos para hacer gastos inútiles. Si tenemos ya cárceles para meter á los que delincan, sea por ignorancia, sea por hambre ¿qué falta hacen las escuelas? O lo uno ó lo otro.

Tratárase de allegar recursos para que los frailes ó las monjas de esta ó aquella comunidad comprasen un órgano, y el teatro hubiera estado lleno.

Lo necesario es antes que lo superfluo.

## ANDANDO POR MADRID

—¡Cobrador! ¡Cobrador! Pare usted.—El tranvía se para.—¿Va á las Ventas?

—No, señor.

—¿Va al barrio?

—No, señor. Va al Hipódromo.

—Pues allí voy yo.

A imitación de este diálogo de una conocida zarzuela, diremos nosotros:

—No voy á ocuparme hoy de la calle de Alcalá, que lleva un año intrasitable, y cuando han terminado de pavimentarla de adoquín nuevo (hago la aclaración de nuevo porque no se diferencia del viejo que quitaron), se le ocurre á una Compañía de luz eléctrica colocar unos cables, y ya la tenemos otra vez en obra para una temporada.

¿Cuándo se les ocurrirá á nuestros admirables concejales obligar á las Compañías á tender sus redes por galerías evitando el constante removido de las calles?

Tampoco diré nada del asfaltado, porque aunque tenga baches en algunas calles de los suburbios, como, por ejemplo, la calle de Serrano á la entrada, nadie lo ve y menos aún al lado de los carriles del tranvía.

Tampoco diré nada del estado del pavimento en la calle de Segovia y en el camino de los cementerios de las Sacramentales, porque, como se va en coche, lo más que

puede suceder es ordenar al cochero que se meta por los paseos, y esto ya lo hacen ellos sin que se les ordene. Es verdad que, haciéndolo, tienen que ir los peatones por el barro, pero... ¡Que se fastidien los que no tienen coche.

Dejaré para otra crónica mi felicitación entusiasta al gran alcalde que nos rige por su acertada disposición de regar, después de echar la arena con cuenta gotas. El agua arrastra las microscópicas cantidades de arena y la temperatura de 5 y 6 bajo, pero que gozamos se encarga de transformar en SKATING-RINK las calles, con gran aplauso de los cocheros (porque los caballos no pueden hablar ni aplaudir).

Por hoy sólo voy á ocuparme de las tarifas de los tranvías. ¿Qué razón alegará la Compañía para cobrar 25 céntimos desde el Pacífico á Puerta del Sol y 10 desde ésta á los Cuatro Caminos? No se me dirá que la distancia es mayor, ni que la diferencia de nivel exige más gasto, porque si un coche va y viene, lo que gasta de más subiendo gastará de menos bajando. Cuando la tracción era de sangre podían aceptarse las razones de encuartes, mozos, lentitud, etcétera, pero ahora eso no cabe. Antes el par de mulas tenía que hacer todo el recorrido, pero ahora los coches cuesta abajo, ¿qué gastan? Podría aceptarse que desde Sol á Cuatro Caminos costase 20 céntimos, pero desde Cuatro Caminos á Sol, no vale 2.

Si la Compañía ó los empleados municipales que inspeccionan este servicio nos diesen alguna razón, podríamos convencer á los muchos obreros y empleados que allí viven de que no tienen fundamento al lamentarse de que los militares y empleados del ferrocarril paguen sólo la mitad, porque, como ellos dicen, ¿será menos un militar ó empleado de ferrocarriles que un paisano? Es mortificante para un modesto ciudadano que se desprende de los 25 céntimos con pena, ver en el mismo tranvía dos empleados de la Compañía que no pagan, dos autoridades que tampoco, dos pases que ídem, una autorización, un volante, los militares-jefes á cinco céntimos trayecto, los empleados M. Z. A. á 6 céntimos, sin enumerar los carteros, chicos de continentales y de teléfonos, porque nos parece justo que no paguen ó tengan una rebaja.

Hace tres años, por una instancia de varios trabajadores, se consiguió que los tranvías cangrejos pusiesen por la mañana servicios á mitad de precio. Si los vecinos del Pacífico, Californias, Puente de Vallecas, Grillas, Colonia de Fritz y de D.<sup>a</sup> Carlota se reuniesen y reclamasen, seguramente conseguirían la rebaja.

JUAN PÉREZ

## Los terremotos de Italia

Lo más extraordinario en la catástrofe de Messina es que, según la relación dada por el ministro de la Marina italiana, Mirabello, al clero no se le vió en ninguna parte...

«El clero asiente; Cosa ha falló il clero in popolazione così attaccata alla religione? Non lo vedemmo!...» Así se expresó el ministro.

De manera que todo el mundo cumplió con su deber, incluso los marinos rusos, ingleses, franceses, alemanes, italianos; todos, todos...

Menos el clero. Este desapareció. Y tratándose de poblaciones fanáticas, cabe preguntar qué es lo que hubiera hecho en otras más despreocupadas.

Siempre los mismos; predicando la caridad y haciendo todo lo contrario.

¡Y se llaman ministros del cielo!

EMMANUEL PRATS-MORF

## El patriotismo solidario

En el número de *La Publicidad* del 22 del pasado, se inserta la reseña de un acto celebrado por los republicanos de Solidaridad, para conmemorar la proclamación de la república. En él se emitieron por Marial conceptos tan groseros é insultantes para los republicanos radicales, y para los españoles que sin haber nacido en Cataluña vivimos en ella, que yo no puedo menos de protestar, para que se entere toda España de las excelentes ideas que acerca de ella abriga los siervos de Cambó.

Dijo Marial, que los lerrouxistas somos una banda de asesinos, y que merced á nuestra política infame, habían sufrido perjuicio la cultura y la instrucción en Barcelona. A lo primero contesto, que lo único que recuerdo haber visto en Barcelona que pueda estimarse como ejecutado por asesinos, lo han hecho los solidarios, tiroteando impunemente á Lerroux y sus partidarios varias veces; y á lo segundo, que el partido radical de Barcelona sostiene SESENTA Y TRES escuelas lácias.

Además dijo Marial, que todos los forasters que residimos en Cataluña, todos, somos unos ingratos y unos sinvergüenzas, pues después que aquí comemos el pan que nos niega la tierra que nos vió nacer, se lo pagamos á ellos, (no sé si quiso decir á los

catalanes ó á los solidarios) desprestigian-doles.

Vamos á cuentas. ¿Cuántos forasters tiene Marial pensionados para que vivan sin trabajar? ¿Cuántos obreros forasters ha redimido? ¿A cuántos castellanos ha dado de comer, sin que hayan ganado con su trabajo el triple de lo que le haya pagado de jornal? Cuantas obras ha tenido contratadas, ¿no las ha realizado con obreros en su mayoría forasters, y los ha estrujado y oprimido cuanto ha podido ó le han tolerado? La fortuna que tiene, ¿con qué la ha amasado, sino con el sudor de los obreros forasters? Las pingües ganancias de sus contratos de empedrado ¿con quién las realizó?

Al oír á Marial, no parece sino los que vivimos en Cataluña, sin haber nacido en ella, vivimos gracias á su caridad y protección, cuando no hay ni un castellano que viva aquí de otra cosa que de su trabajo, que vale, por lo menos, doble de lo que por él se les paga.

Mas ahora caigo en que estoy perdiendo el tiempo lastimosamente al contender con un hombre de los cortos alcances de Marial, que sólo sabe explotar á castellanos y catalanes, y hago aquí punto.

EUSEBIO AMO Y GARCÍA

Barcelona 23-2-909.

## Desde Piedrahita

El 20 del pasado mes y cuando apenas contaba veintisiete años, murió en Piedrahita D. Julio de La Fuente Ramos. Su entierro fué civil, y á él, en verdadera manifestación de duelo, acudió casi todo el pueblo.

Con este motivo los curas Hitenses están que echan chispas por sus trasquiladuras. No aciertan á explicarse tan escandaloso acompañamiento ni las simpatías que el finado pudiera tener. Y, sin embargo, las tenía, presbíteros. ¿Que por qué? Pues no sólo por sus cualidades de honradez, laboriosidad y pobreza, sino por haber sabido romper con vuestras farandulerías.

Aquí en estos pueblos, donde tan ovejunamente sois obedecidos y respetados, son siempre simpáticos los hombres que, teniendo que vivir de su trabajo, saben rebelarse contra la tradición y contra vosotros. Y don Julio se rebeló, al impedir que el único hijo que le superviviera recibiera el chapuzón bautismal, contestándoles «que él, su hijo, lo recibiría ó no cuando tuviera la discreción suficiente». Por ese acto de etnabismo y por su trato afable é irreprochables comportamientos, Julio empezó á captarse las simpatías de muchos.

Luego, al año y medio después, rechazando vuestra confesión y últimos auxilios, muriendo como un convencido en esta respetable sociedad católica, Julio hizo un acto más grande que el de su tucayo Cesar pasando el Rubicon; y con él acabó de captarse las simpatías de los que vemos en vosotros un pasado que huele ya á Dinamarca.

¡Con qué placer, oh curas, habíais visto que no iba nadie á su entierro! Pero fueron muchos, y la mayor parte de los que acompañaban su cadáver llevaban otro dentro: el de vuestra religión.

Por lo demás, no maldigáis la tierra que cubre los restos del ciudadano Julio. No la dréis contra ella, que es santa. Toda lo es. En la tierra que cubre su cuerpo brotarán flores, que con sus aromas esparcirán los principios de igualdad, fraternidad y libertad que han de matar aquello y dar vida á lo otro. Lo otro es la religión del bien. También os la deseo, curas de Piedrahita.

CRESCENCIO S. ESCULTA



En una aldea de Flandes el sacristán de la iglesia, el organista, los niños de coro, y los monaguillos se han declarado en huelga porque el Consejo de fábrica «en vista del mal estado de los negocios», ha intentado rebajarles en un 10 por 100 el salario.

Esto se va animando. Llegará un día en que veamos en las iglesias este letrero: *Liquidación por derribo.*

¡Y qué feliz será yo aquel día!

—Buena cosecha se presenta este año, si Dios sigue cuidándola.

—Pues mire usted, padre cura; lo que yo quisiera era tenerla ya en el granero; porque mientras el encargado de cuidar de ella sea Dios... Francamente, puede montar en cólera el mejor día por las ofensas que le infieren ustedes y los frailes y enviar un pedrisco que me deje por puertas. Son ustedes tan traviesos!

WAW



El maestro de escuela de un Municipio de Flandes compuesto exclusivamente de católicos, y católico sincero y ferviente él mismo, al ver el crecido número de adultos que no sabían leer ni escribir, abrió un curso nocturno de instrucción primaria, costeando de su bolsillo la luz y el material escolar. El Ayuntamiento le ha ordenado que cierre el curso.

Y ha tenido razón el Ayuntamiento. El tiel cristiano, mientras más bruto y más ignorante, más cristiano y más fiel. Instruirlo, es apartarlo de la Iglesia, ennoblecerlo, hacerle hombre. Y esto es ir contra los intereses de la religión.

Ese maestro no es católico, aunque él se lo figure, y, por lo tanto, merece la bofetada moral que ha recibido.

\*\*\*

¿Que el cura párroco de Santaña ataca á los republicanos, usando un lenguaje impropio de personas cultas é ilustradas? Bueno.

¿Que en un semanario independiente publica cuanto le es favorable, negándose á insertar lo que le es adverso, precisamente porque es verdad? Bien.

¿Que niega á los lectores de la *Mala Prensa* el pan y la sal, y concita contra ellos las iras del hombre y de Dios, y conmina á las patronas con no sé qué maldiciones para que arrojen de su casa á los impíos, sin indemnizarlas de la pérdida? Bueno, y qué!

¿No hemos quedado en que se trata de un cura? Pues si no hiciese y dijese esas cosas, no sería cura. Tiene todas las de la ley para serlo, y retrata y honra á la clase.

## Las Compañías de Ferrocarriles

VI

EFFECTOS DESASTROSOS DE LAS JUDIADAS FERROVIARIAS EN LA RIQUEZA PÚBLICA DE ESPAÑA.

Lo que el Sr. Martínez dice sobre estos puntos, es de mayor interés, si cabe, que lo que de su folleto llevo extractado y reproducido hasta aquí; si es que en un trabajo tan concienzudo y de tan inmensa importancia para España y para todas las naciones puede decirse que hay unas cosas de menos interés é importancia que otras.

El primer grande error que se cometió (habla el Sr. Martínez), fué emprender la construcción de vías férreas de servicio general y de primer orden, que por puertos y fronteras nos pusieran en relaciones comerciales con el extranjero, cuando poco ó nada teníamos que exportar, y cuando ni siquiera se había pensado en disponer lo necesario para beneficiar las envidiables fuentes de riqueza agrícola, pecuaria y minera del territorio nacional.

El segundo, subvencionar, prodigamente, las nuevas y costosas vías de comunicación, cuando las arcas del Tesoro público estaban vacías y vacío también el bolsillo del contribuyente, por lo cual, para entregar á los concesionarios el importe de las subvenciones, en efectivo, hubo necesidad de crear una deuda especial, amortizable, y con 6 por 100 de interés, titulada *Obligaciones del Estado por subvenciones de ferrocarriles*, que á los pocos años era una carga insoportable, siendo preciso suspender las emisiones y consignar en los presupuestos del Estado las cantidades destinadas, anualmente, para pago de las subvenciones.

Por si no bastaban esos dos grandes errores para ir en tren expreso á la bancarrota y á la miseria, se cometió otro mayor, que había de acelerar el desastre y agrandar sus proporciones, otorgando la concesión de las principales y más productivas líneas á banqueros extranjeros é israelitas, y permitiendo que las que no les fueron concedidas directamente, hayan ido pasando á sus manos de las de los concesionarios, sin que el Estado tuviera otra intervención en las transferencias, que la de prestarlas una aprobación irreflexiva y, de mera fórmula, como si se tratara de un asunto de poco ó ningún interés para el país, que cedentes y cesionarios pudieran convenir y arreglar entre sí, según mejor les pareciera.

Consecuencias de tanta ignorancia de lo que se traía entre manos, y de tantas imprevisiones y descuidos tantos, las siguientes:

Ya empezaron á sufrirse muy funestas, aun antes de ponerse las líneas en explotación, pues todo el material de vía, de tracción y móvil y gran parte de los materiales de construcción, se traían del extranjero y sin pagar derechos, por ser una de las subvenciones indirectas la exención de los derechos de aduana, de cuya exención se abusó de una manera escandalosa y por muchos años, introduciendo mucho más material del que necesitaban los concesionarios para la construcción y explotación, y gran número de artículos y efectos que no disfrutaban franquicia de derechos, con lo que se causó gran perjuicio al productor, al comerciante y al industrial del país, siendo además estas importaciones, que aún siguen respecto de gran parte del material, causa de que nuestra industria siderúrgica no haya adquirido mucho antes el mayor desarrollo y prosperidad.

Vino luego la explotación; y el movimiento de importaciones, que se había iniciado durante la construcción, con la importación de material de ferrocarriles y de artículos y efectos que se introducían por las Compañías,

de contrabando, fué en aumento, y en cambio las exportaciones, que son las que enriquecen á las naciones, no aumentaron ni proporcionalmente ni de ninguna manera; con lo que resultó en lugar de beneficio perjuicio grande para la producción, la industria y el comercio nacional con los ferrocarriles, construídos antes de tener productos que poder exportar.

Sin producción, sin industria y sin comercio exterior estábamos antes de los ferrocarriles; pero también sin una deuda enorme, interior y exterior, como la de hoy, que tiene su origen en las subvenciones de ferrocarriles y que con las subvenciones y auxilios ha ido formándose como una bola de nieve; y para que no se dude de que ese es su origen, téngase presente que por conversiones sucesivas se han ido convirtiendo en deuda pública perpetua y amortizable todas las procedentes de ferrocarriles, y que la falta de los beneficios que el Estado debía reportar de ellos, ha sido lo que ha obligado al país á contraer todas las demás deudas que forman la insoportable carga que pesa sobre el arruinado contribuyente.

Hace notar el Sr. Martínez que los que creyeron y aún sigan creyendo ó aparentando creer, que nuestros ferrocarriles de servicio general se construyeron con dinero extranjero, están muy equivocados; y después de conocido y divulgado en España y fuera de España su folleto, nadie puede seguir pensando así, sin riesgo de pasar por ignorante y estúpido ó por judaizante y traidor.

La ruina, la pobreza de España, la elevación de los tipos de cambio y giro con el extranjero, la emigración y el hambre, todo es consecuencia de los despilfarros y latrocinios que el Sr. Martínez denuncia en su folleto, probándolos con la claridad y evidencia que asunto de tanta gravedad y transcendencia para España y para el mundo requería.

Véase como concluye esta parte de su folleto: «Pues los que nos han dejado sin dinero; los que nos obligaron á contraer la mayor parte de la deuda, cuyo servicio anual importa casi la mitad del presupuesto de gastos del Estado; los que aniquilando la producción nacional han ocasionado el exceso de las importaciones sobre las exportaciones; los que nos imposibilitan toda obra de restauración de nuestras producciones y de rehabilitación subiguiente de nuestro crédito en el exterior y de regeneración moral é intelectual, llevándose los productos de los ferrocarriles para pagar intereses y reembolsos de capitales cuya cuantía espanta y horroriza, y de los que en nada se beneficiaron el Estado ni el País, esos son los causantes de todos nuestros males y esos los obligados á remediarlos, abonando todas las indemnizaciones debidas.»

Y esos son también los que con sus fraudes en la construcción, con sus fraudes en la explotación, con sus fraudes en el cambio y giro, con sus fraudes en las operaciones y jugadas en Bolsa, y con sus fraudes en cuanto ponen la mano, han acaparado la mayor parte del oro acuñado, que representa la riqueza producida en sesenta años de trabajo, privaciones y ahorros, por los incircuncisos de toda la Tierra, en la cual algo mejor se viviría si tantos y tantos millones de duros, sustraídos de la circulación universal, se hubieran empleado en aumentar la producción, para generalizar el bienestar, la cultura y la solidaridad humana en todas las naciones.

## Cita histórica

Si volviesen los tiempos que ensalza la Buena Prensa, harían con nosotros los redactores de sotana lo que hacían en la época de Luis XIV sus confrades con los herejes.

Véase esta narración de César Cantú, historiador católico:

«Al galeote protestante se le tendía desnudo sobre el potro; dos ó tres hombres le tenían los pies y las manos mientras el turco más fornido de la galera le azotaba con todas sus fuerzas con una cuerda untada de alquitrán y empapada en agua del mar. El cuerpo brincaba á la violencia de los golpes, la carne se desgarraba, y la espalda quedaba convertida en una llaga, que lavaban con sal y vinagre. Pocos galeotes protestantes, entre los 1.000, cuya lista tengo presente, y que perseveraron en su religión negándose á quitarse la gorra durante la misa y cuando alzaban, dejaron de experimentar este horrible suplicio; podría nombrar muchos que le resistieron cuatro veces en poco tiempo, y cada vez les daban hasta 120 latigazos; y los levantaban del potro moribundos y los conducían al hospital para que recuperasen las fuerzas exhaustas que eran de nuevo destruídas por otra paliza.

«Entre los sacerdotes más inhumanos, se cita á Francisco Langlade de Chaila, prior de Laval, inspector de las misiones del Gervadán, y arcipreste de las Cevenas, que hacía más horribles los suplicios de los desgraciados prisioneros; ya les arrancaba los pelos, ya les ponía en las manos carbones ardiendo, ya les envolvía los dedos en algodón mojado en aceite y le prendía fuego hasta que los huesos quedaban descarnados.»

Exactamente igual que en la guerra carlista. El mundo ha progresado, pero los católicos no. Son como los judíos, que se transmiten de generación en generación los signos y los odios de raza: ojo por ojo, diente por diente; los hijos pagarán las culpas de sus padres; y al que no se quite la gorra cuando pase una procesión, sacadle los hígados.

¡No pueden, pero si pudieran...!

## REMEMBRANZA

En la Edad Media los pontífices romanos, lejos de ser jefes de la Iglesia, estaban subordinados al emperador. Lean los ultramontanos, falsificadores de la Historia, estos textos.

El Concilio de Arlés celebrado en el año 813:

«Hemos enumerado brevemente las cosas que nos parecen necesitan reforma y hemos acordado que las presentaríamos al emperador invocando su clemencia, á fin de que si alguna cosa falta á este trabajo, lo supla su prudencia, y que si hay algo contrario á la razón, lo corrija en justicia.»

El Concilio de Maguncia, celebrado en el mismo año 813, dice á Carlo Magno:

«Necesitamos de vuestro apoyo y de vuestra sana doctrina sobre todas estas cosas, á fin de que ella nos advierta y nos instruya con benevolencia; y si lo que hemos redactado en el adjunto documento os parece digno, vuestra autoridad lo confirme; y si alguna cosa os pareciere que debe corregirse, que vuestra magnificencia imperial ordene la corrección.»

Tenemos, en fin, las cartas de los papas que hacen voto de sumisión y dependencia. León III escribe al emperador:

«Si hemos hecho alguna cosa incompetente; si en los negocios que se nos han sometido no hemos separado del camino de la verdadera ley, estamos pronto á reformar nuestro juicio conforme al vuestro y el de vuestros comisarios.»

León IV escribe al emperador Lotario I:

«Prometemos hacer siempre cuanto nos sea posible para guardar y observar inviolablemente las capitulares vuestras y las de vuestros predecesores. Si en la actualidad ó en adelante osase alguno decir que no lo hacemos, no podrá ser más que un impostor.»

¡Tanta sumisión, y tanto rebajamiento ayer, y hoy tanta altanería y tantos fueros!

Verdad es que ahora nadie les va á la mano y entonces á los tíos aquellos que ejercían el poder les importaba de los obispos y de los Papas lo que me hubieran importado á mí de hallarme en su puesto.

## RECURSO SUPREMO

U la muerte se ha hecho ahora más amable que nunca, ó los jóvenes de hoy viven más deprisa que los de otras épocas. Tal vez sea más razonable creer en la desilusión y en el desesperanzamiento de los muchachos de esta generación, que pensar en la mudanza de juicio acerca de la muerte. Los mozos de hoy sólo creen en sus penas, en sus congojas y en sus desilusiones. Todo lo demás les importa muy poco ó nada. De ahí la retahíla de suicidios que pasa por la sección de sucesos de todo periódico. Un día con otro, el lector que no repugne enterarse de ese acabamiento trágico de la existencia, lee en su periódico las mismas cinco líneas, con un ligero cambio de nombre. Unas veces es una muchacha, casi una niña, que se mata por amores contrariados. Otras es un mozo albeta que aún no llegó á la veintena de años el que busca en la muerte la solución de un problema de la vida. Y en ocasiones, ayer, es un muchacho quien se suicida y una niña la que intenta matarse, por carecer de recursos uno, y por contrariedad amorosa la otra. La muerte es el recurso supremo de la juventud de ahora.

A lo presente no existen ni aquellas excusas basadas en ideas y creencias que en otros tiempos podían dispensar en parte las aspiraciones de concluir la vida para gozar de paz y ventura. Hoy no se cree en nada, absolutamente en nada, ni en la dulzura y bienestar de la otra vida. No existen aquellas ideas acerca de la muerte que antaño la hacían amable y consoladora. El que mata es un desesperado de la existencia que no cree en el más allá. Y esto suele hacerse de los quince á los veinte años, en esa edad en la cual no es posible saber lo que son grandes desilusiones ni grandes desesperanzas, y apenas se conoce cómo son las alegrías y cómo las penas. A esa edad ni aun se ha entrado en la vida y se ignora el valor de todo lo que la hace amable y bella, triste y cruel. No hay luchas. Las grandes contrariedades, los obstáculos invencibles, los abrojos y las espinas que ensolan el camino de la existencia, no han humillado á nadie, no enloque-

cen de desesperación, no arrancan lágrimas de esas que no se ven, ni quejas de las que no se oyen. Y, á pesar de todo, en esa edad, en los umbrales de la vida, se suicidan los jóvenes, incrédulos de todo, enloquecidos de pesar, sin esperanzas ni en la muerte.

A este se le llama el siglo de la rebeldía, de la incredulidad y del escepticismo. Se es rebelde en todo y no hay ni un rasgo de energía para oponerse al desmayo de un dolor volandero, sin raíces. No se cree en nada, y en la muerte, árida y seca, se pone la solución de problemas que se resuelven con un poco de constancia y otro poco de entereza. Se es escéptico, y la angustia de la contrariedad de un día, el dolor de una pesadumbre pasajera y la amargura de la tristeza de una hora son invencibles y enloquecen hasta hacer del suicidio la gran esperanza, el único consuelo de toda desventura. Para la edad de la experiencia, cuando ya la vida no tiene ni el valor de los amores, de los heroísmos y de la gloria, no se deja nada. En la pueril contrariedad y en el desengaño frívolo de los veinte años, en esa contrariedad y en ese desengaño que se juzgan luego con una sonrisa vergonzosa, se ponen todos los obstáculos de la existencia, y los jóvenes de hoy ven el final de toda resistencia y de todo heroísmo.

GUSTAVO

DESDE PARÍS

## Anarquistas reaccionarios

La gente de orden, conservadores y clericales, que suele poner el grito en el cielo contra los excesos de la demagogia roja; que se indigna rabiosamente cuando alguna conspiración revolucionaria—siempre progresiva—altera la paz pública y la digestión de los bien acomodados aun con la tiranía—porque los favorece—y pide las represiones más violentas; que se alarma y maldice cuando un anarquista, algún místico, doliéndose del dolor de los demás que sufren se ha sentido redentor á su modo; esta gente tiene también sus agitadores á sueldo, sus asesinos mercenarios y sus anarquistas declarados en rebeldía.

Para ellos, estos buenos conservadores, realistas y clericales, nada importa que se perturbe el orden, ni se atente á la paz social, ni se mate á mansalva y cobardemente. Todo eso es legítimo. El fin justifica y hasta santifica los medios, si la causa es justa. Es una ética especial y de manga ancha. Naturalmente con dos caras: una horrible, la de mágica y radical; otra recomendable y admirable, la que da al campo reaccionario.

Poco importa que un pueblo conscientemente se haya dado las instituciones por que democráticamente quiere regirse. Nada vale que bajo un régimen de libertad, ese país haya consolidado la quietud de su vida interior, se haya ennoblecido espiritualmente y haya ensanchado su prosperidad y su grandeza. No importa tampoco que esa democracia haya llevado su liberalismo hasta permitir el ejercicio de todos los derechos, igualdad en la ciudadanía y autorizado el culto y la propaganda de las más contradictorias ideas en todos los órdenes de la espiritualidad humana.

No; hay que implantar á todo trance una tiranía. Es indispensable rendirse á la tradición, á lo que ellos llaman principios inmutables de la sociedad. Todo país debe ser monárquico, católico y conservador, con exclusivo predominio de la nobleza, del clero, de la milicia y de la magistratura histórica á la usanza antigua.

Cuantos medios se pongan en práctica para el restablecimiento ó el sostenimiento de este orden social, aun cuando sean las violencias más extremas y los crímenes más abominables, están legitimados. Es más: santificados. En los países de régimen monárquico y de complejión autoritaria en las clases directoras, esa clase apuada al poder de clericales y conservadores, ve con gusto que á los hombres de ideas avanzadas se les persiga, se les destierre, se les encarcele y se les justicie. En otras naciones donde están en baja, pero donde generosamente se les tolera, porque la libertad es la base primera de la vida, esa gente intriga, conspira, aconseja las mayores monstruosidades.

Esto último acontece en Francia. Aquí la aristocracia, batida la monarquía y el imperio, ha quedado reducida á una clase meramente decorativa sin influencia alguna en los negocios públicos. El clero, después de la separación de la Iglesia y el Estado, tiene circunscrita su acción á los meros oficios del culto, privado hasta de intervención en la enseñanza. Justo es decir, sin embargo, que el clero francés se halla poseído del más alto espíritu laico, y casi puede afirmarse que de corazón es republicano. Los clericales, los católicos, son los que muestran un fanatismo antidemocrático y un fervor realista.

Son éstos los que, al amparo de las libertades públicas, que ni el exceso puede ni debe restringir, los que alborotan á toda hora y fraguan complot para desacreditar y derrocar el régimen republicano en Francia. Conspiran, se agitan, pero ¿de qué ma-



nera tan ridícula! Sus héroes, los Gregori y los Mattis, no pasan de miserables asalariados. Ninguno ha arriesgado valientemente la piel llevado de un intenso ardor místico. Son héroes grotescos, dignos de una opereta bufa.

Consolidada la república, libre de la influencia de sus enemigos tradicionales después de un trabajo de pacificación y de engrandecimiento, ahora son los reaccionarios los que conspiran contra ella. Su empeño es desacreditar a los hombres públicos y acabar con los presidentes de la república. Pero ¿cómo? De un modo ridículo. Entre esos conspiradores legitimistas no hay un solo hombre de agallas, á no ser para gritar como mujerzuelas en los periódicos y en los mítines. El barón Christiani que da unos bastonazos y estropea el sombrero de Loubet en Anteuil; este Mattis que otro día le da unas sacudidas y le rompe el cuello de la camisa al buen Fallieres junto al Arco de la Estrella. ¿No es para reír, si no fuera para lamentar?

Ninguno de estos anarquistas reaccionarios ha tenido el valor de arriesgar la vida, matando y muriendo como los anarquistas revolucionarios, los Caserio, los Messi, los Busica.

Hay una gran diferencia. La misma que va entre las ideas y las pasiones de los dos bandos que se disputan la conciencia del mundo, unos mirando al pasado, otros fijos en el porvenir.

ANGEL GUERRA

## Asesinato de Enrique III

Hablar del duque de Guisa y no referir el fin desgraciado de Enrique III, es dejar empezado el melón; y como estos paseos por la Historia son siempre muy útiles, mucho más cuando demuestran que los clericales han sido siempre los mismos, terminaremos este tema que nos inspiró una película cinematográfica.

El terrible degüello de San Bartolomé fué recibido en Roma con gran regocijo. Gregorio XIII celebró con toda pompa este execrable crimen y los jesuitas iluminaron su colegio del Gesù. Los cañones de Santo Angelo dispararon numerosas salvas, y Carlos IX y la Médicis recibieron entusiastas felicitaciones que se hicieron extensivas al duque de Guisa.

Murió Carlos IX y le sustituyó en el trono de Francia su hermano Enrique III, que era rey de Polonia. Condenó por decreto la jornada de San Bartolomé, y los jesuitas, á quienes protegió mucho, y el duque de Guisa, á quien colmó de favores, le hicieron sospechoso de favorecer á los calvinistas con mengua de los católicos, lo que dió lugar á la formación de la Liga, cuya cabeza era el duque de Guisa, al cual se le importaba un ardite de la religión católica, pues lo que él pretendía era destronar á Enrique III y proclamarse rey de Francia; y pruebas bien claras de ello se le hallaron después de su muerte. No le faltaba más que ser traidor á su rey y también lo fué: el tal duque no tenía desperdicio.

Murió asesinado en Blois este caudillo, y Enrique III, asustado del inmenso poder de la Liga, sostenida y fomentada por el clero y la frailería contra su rey legítimo, buscó el apoyo del rey de Navarra, y cuando se disponía á partir para París, fué asesinado en Saint-Cloud, por el fraile Jacobo Clemente.

Era este fraile oriundo de familia pobrísima, hombre de instintos crueles y sanguinarios, fanático, grosero, y pertenecía á la Orden de San Francisco. Concebió el proyecto de matar á Enrique III, á quien los predicadores, y especialmente los jesuitas, señalaban como víctima, diciendo que la Iglesia beatificaría al matador de *Nerón-Sardanapolo* y que Dios le otorgaría grandes recompensas. En los pulpitos se decía que hacía falta un *Macabeo* que asesinará al impío *Antiocho*.

Clemente se dirigió al P. Bourgoing, que tenía fama de sabio, y le preguntó si en conciencia podía matar á Enrique III. A semejante pregunta el P. Bourgoing contestó riendo:—El hombre capaz de tamaña empresa no debe tomar consejo más que de sí mismo.

Esta respuesta no satisfizo á Clemente, que quería cometer un regicidio, y, sin embargo, tener la conciencia tranquila, é insistió en sus dudas. El superior le dijo:—Si el que quiere matar á Enrique de Valois no se siente impulsado á esta acción por un sentimiento de odio y de venganza, sino únicamente por un puro amor de Dios y verdadero celo por el bien de la religión, puede ejecutarlo sin pecado; esa acción puede ser muy meritoria delante de Dios y si su autor muere en la ejecución, se irá derecho al cielo.

No necesitó oír más el fraile Clemente; obtuvo un salvoconducto del conde de Brienne y un pasaporte y atravesó las líneas del ejército real el 31 de Julio de 1589, llegando á Saint-Cloud. A las siete de la mañana del día siguiente pidió audiencia al rey, el cual, á pesar de lo inoportuno de la hora, se la dió en seguida por el gran respeto que sentía hacia los religiosos.

Estaba el rey sentado en un sillón hablando con dos oficiales de su ejército cuando entró el fraile.

—Benedicidme, reverendo padre—fueron sus primeras palabras.

El fraile le bendijo con toda hipocresía. —Dicen que vuestra venida tiene por objeto darme un mensaje de gran importancia. —Sí, majestad. Esta carta de uno de vuestros fieles servidores os manifestará hasta qué punto debéis fiar en mi palabra. —Efectivamente, es del conde de Brienne. ¿Os envía él?... —La voluntad del cielo. —Hablad, pues.

El fraile hizo una seña, indicando que quería estar solo. Retiráronse al fondo de la sala los servidores del rey, y cuando se disponía á examinar un rollo de papeles que le entregó el regicida, el fraile sacó el cuchillo que llevaba oculto en la manga del hábito y se lo clavó en el bajo vientre. El rey lanzó un grito, sacó el cuchillo de la herida y lo clavó debajo del ojo izquierdo de su asesino. Acudieron los presentes, y viendo que el rey se tambaleaba y caía al suelo, atravesaron con su espada al fraile, que no gritó ni se defendió, expirando sin quitar su mirada del cuerpo del rey. El rey murió en la noche de aquel mismo día.

El clero, los frailes y los jesuitas alabaron el acto de Clemente. El padre Mariana, en su célebre obra *De Rege et Regis institutione* lo colma de elogios; Sixto V lo comparó á Judit y á Eleazar. La duquesa de Montpensier, una bribona gran amiga de los jesuitas, se arrojó al cuello del que le trajo la noticia, exclamando:—¡Cuán feliz me hacéis! Siento que no haya sabido antes de morir que *soy yo quien le ha hecho asesinar*. Y salió como una loca por las calles gritando: ¡Buenas noticias!

La duquesa se llevó á su casa á la madre del fraile asesino, la Santa Unión la otorgó una renta vitalicia y los predicadores de la Liga aplicaron al asesino aquellas palabras del Evangelio: «Dichoso el vientre que te llevó en su seno y los pechos que te amamentaron».

En resumen: que el duque de Guisa y Enrique III fueron unos varones *piadosos* y unos perfectísimos *católicos*, lo que no les impidió estar revueltos entre sangre, crímenes y libertinaje; y sería muy de desear que nos dieran las Empresas de cinematógrafos la película del *Asesinato de Enrique III*, ejecutado por un fraile é inspirado por el P. Claudio Mathieu, provincial de los jesuitas.

FRAY GERUNDIO

## Por una vez...

El Ayuntamiento de Valencia, al que no pueden ver los neos y demás gente ordinaria por republicano, ha concedido una subvención de 150 pesetas á los estudiantes católicos, para que festejen á Santo Tomás.

Es una prueba de imparcialidad y tolerancia y largueza ese rasgo de los ediles valencianos, que á buena hora imitarían los católicos si tuviesen mayoría en cualquier Ayuntamiento y se tratase de librepensadores. ¡Como que iban á soltar ni un ochavo en honra de Giordano Bruno, pongo por ejemplo!

Aunque se refiere á dinero del procomún, los concejales valencianos han sido generosos, no por la cuantía, sino por el objeto á que racionalmente se ha de dedicar el donativo.

¿Armas? ¿Libelos? No sé; pero todo puede esperarse de estudiantes católicos con vistas á Orti Lara y Polo Peirólin.

Verdad que treinta duros no dan más que para comprar la carabina de Ambrosio ó la espada de Bernardo. ¡Bien puede dárseles ese gusto á los chicos!

A LOS ACCIONISTAS

## de la Compañía de los ferrocarriles del Norte

Nos debemos preparar para la próxima Junta general de accionistas, única ocasión que se nos ofrece de exponer al Consejo de Administración nuestras justas aspiraciones. No nos dejemos alucinar con el aspecto en apariencia más lisonjero de nuestra situación, que se debe principalmente, dicho sea con toda imparcialidad, á la baja de la prima del oro y, en alguna parte, al desarrollo natural y progresivo de los transportes; pero de ninguna manera á economías de la administración ni á mejoramiento de los servicios.

La administración parisiense, que continúa siendo la que dispone, corta y raja en la Compañía del Norte, ha alardeado de nombrar como director á un distinguido ingeniero español, pero en realidad se ha reservado la omnimoda gestión de la empresa, creando un nuevo organismo compuesto de paniaguados suyos, costosísimo para esta desdichada Compañía del Norte; el Comité consultivo de Dirección, en el que figuran los Sres. Waldmann y Mauricio Péreire, cuyos nombres bastan para explicar el móvil y objeto del tal Comité. Las obras que se realicen, y sobre todo los suministros de material que importan muchos millones, todo se decidirá en París.

Algunos accionistas compañeros nuestros que tímidamente han preguntado el por qué de este nuevo y oneroso gravamen para la

administración, han recibido una contestación en parte evasiva y en parte ofensiva para nuestros Ingenieros y Director españoles. Continuaremos, pues, obedeciendo y engordando á la dinastía Péreire y á sus familiares, tertulianos y servidores. ¡Parece increíble que los accionistas catalanes, madrileños y bilbaínos y sus representantes en el Consejo hayan aceptado el nombramiento del Sr. Boix, en tal forma!

Pero aún hay más: la actual Administración sostiene un abuso enorme, cuyas consecuencias están al alcance de todos, y por todos pueden precisarse y valorarse, y que, según nuestros cálculos, representa por lo menos una merma de dos pesetas en el dividendo anual que se reparte en las acciones. Nos referimos al «SERVICIO BANCARIO».

¡Servicio bancario! Suenan estas dos palabras á ironía para los que saben que clase de «servicios» bancarios han prestado á la Compañía del Norte: 1.º el Crédito Mobiliario Español; 2.º el actual «Banco Español de Crédito».

Si en el primer período de la «fundación Péreire», los accionistas del Norte pudieron hacer la vista gorda ante las considerables prebendas y beneficios otorgados á costa de la Empresa, á colaboradores de los «Fundadores», no se comprende que ya que éstos se han decidido á sacrificar á sus excelentes amigos del Crédito Mobiliario Español, se consienta que el Norte busque una nueva entidad para confiarle el servicio bancario.

Este servicio, como está organizado, produce al Banco Español de Crédito anualmente, según resulta de los propios libros del Banco, la suma de cerca de un millón de pesetas, representado por las comisiones y los beneficios (vulgarmente llamados sisas ó «carottages») en las compras de francos, que ascienden anualmente á unos cincuenta millones. Con este MILLÓN, tan fácilmente ganado, el «Banco Español de Crédito» cubre ampliamente el cinco por ciento de su capital, y vive y se sostiene sin aplicarse á otros negocios que pudieran ser de utilidad general para el país á cuya costa se mantiene.

De suerte que la poderosa Compañía del Norte, cuyos ingresos anuales pasan de 129.000.000 de pesetas, y que dispone del manejo de importantes reservas que los bien enterados calculan en CINCUENTA MILLONES, y que tiene una administración excelentemente montada en Madrid, París y Barcelona, no es capaz de ser su propio cajero y ocuparse de la sencillísima operación de comprar los francos que necesita, y ha de pagar este servicio tan espléndida y generosamente, á costa de sus accionistas, sólo por hacer el caldo gordo á una sociedad de amigos y deudos, creada únicamente para esta explotación indirecta y sin riesgos de las líneas del Norte! Y para otorgar estas mercedes se escatima en dos pesetas el dividendo de los pacientes accionistas, que han pasado diez y seis años esperando obtener alguno, y por fin se les ha otorgado el 2 por 100 el primer año que el Consejo ha creído conveniente hacer alguna distribución.

¿Se debe tolerar esta situación? ¿Es admisible que los influyentes patronos españoles de la Compañía del Norte, como el marqués de Comillas, el marqués de Urquijo, D. Manuel Arnús y todos los demás, pero especialmente estos tres, por ser financieros de consumada experiencia, dejen desamparados á los accionistas y no exijan que esta situación se modifique?

Entendemos que el Norte debe él mismo realizar sus operaciones bancarias, puesto que jamás pide crédito, y cuando necesita emitir obligaciones forma un Sindicato y paga generosamente este servicio transitorio (sirva de muestra la última emisión), pero no le hace falta el crédito que aparenta concederle ese «Banco Español de Crédito». Además, si se probase que no puede prescindir de disponer de una cuenta corriente exclusiva en un Banco cualquiera, ¿no tiene en España, y dentro de su misma casa, banqueros españoles de antiquísimo prestigio y de ilimitados recursos que harían el famoso servicio bancario por la quinta parte del gasto que hoy le cuesta al Norte la protección que le otorgan los banqueros franceses, y en su representación el «Banco de Crédito»?

A todos los accionistas españoles, pero muy especialmente á los principales tenedores catalanes, apelamos para que intervengan en la próxima Junta general, y exijan que se economicen estas dos pesetas por acción que se disminuyen del dividendo, para regalar á una sociedad de amigos la suma de un millón de pesetas anuales.

VARIOS ANTIGUOS ACCIONISTAS

## DEL DIETARIO DE UN ROMANTICO

Horas amargas

Hojeaba un tomo, una colección de periódicos viejos que en mis mocedades llevaron á mi espíritu ideas justas y despertaron anhelos de redención por los cuales peleé con suerte varia.

Ante uno de estos números, que como gratos recordatorios con frecuencia consulto, mi vista rápida ahora se detiene; y á modo de oración laica brotaron de mi corazón unos efluvios de ternura, que dedicaba al

retrato que el grabado me mostraba. Era de Rafael Delorme; del hombre niño, que vivió íntegro y murió mártir; y como cuando acudo al cementerio, ante la fosa de mi padre permanezco unos momentos en actitud meditativa, así estaba, cuando el cartero interrumpió mi éxtasis y me entrega un periódico que siempre miré con cariño y leí con gusto; al desdoblarle, un rayo de sorpresa iluminó mi rostro estupefacto: allí, en el centro, campaba la efigie de un apóstata que con su firma autorizaba unas grotescas patrañas; y este retrato, que acaso en otra ocasión no me hubiese dicho nada, pues era la segunda vez que topaba con el nombre del desertor de la idea, en este momento en que se interpuso entre Delorme y el cronista, no os sabré explicar la sensación que en mi ánimo dejó. Aparté la vista de los grabados, fuese la meditación del ánimo y voló á su albedrío la loca de la casa, la indómita fantasía...

Rememoré escenas sombrías, días luctuosos, horas crueles, en que el cerebro quiso poner paz entre el corazón y el estómago, que reñían fiera batalla. Mala parte llevaban los idealismos en aquella contienda; el estómago arremetía furioso blandiendo el arma Necesidad; el campo estaba de antemano conquistado por Miseria, y en el ambiente flotaban miasmas de cobardía y desaliento procedentes del arroyo. El corazón, ayudado por el cerebro, oponiendo la impoluta égida de la idea, se defendía tenazmente, pero se atisbaban desalentos, se adivinaban desmayos, y entonces el estómago arreciaba en el ataque, hería traicionero. De pronto sonó cerca una voz: ¡pan! No importa quién la pronunció; pudo ser una madre, una hija, una esposa, alguien que se aliaba á la lucha, que á partir de aquí fué derrota para el ideólogo, y se entregó. Entregó un corazón estrujado, una razón maltrecha, una dignidad hecha pinga; esto entregó con los ojos húmedos el desdichado que claudicó ante el hambre, y allá, por la calle, ambula un ser que los dignos desprecian, los groseros insultan y los que fueron espíritus fraternos en ideas se le muestran los unos á los otros designándole con adjetivos, no por merecidos menos duros...

Cuando pasaron las horas del vagar de mi fantasía, yo torno á mirar los dos retratos, el de Delorme y el de... sí, el del apóstata, y de mis ojos brotan lágrimas que la memoria del mártir arranca, y siento que mi boca se llena de algo viscoso que pugna por salir.

No; seamos piadosos; quiera el destino que estas tres letras, pan, no sean nunca catapultas que aportille la muralla de vuestras creencias ni penetre devastador en el sagrado templo de vuestras ideas para enlodar luego vuestros actos.

Compasión para el hombre, sosiego para el vencido, olvido para el renegado; ¡paz, paz!

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

Arévalo, III-3-909.

## CONTRADICCION

Pablo Iglesias, en una conferencia sobre la nueva ley de Administración local, ha dicho que juzga peligrosas las juntas permanentes y el voto corporativo que, en su opinión, favorece á los burgueses, afirmando de paso que las mancomunidades serán centros de negocios.

Bueno y ¿á quién se queja Pablo Iglesias? ¿No es él quien lleva treinta años aconsejando á los obreros que no hagan pacto con los enemigos de la monarquía, porque para el proletariado lo mismo da vivir en monarquía que en república?

¿No es él quien ha visto impasible cómo se apoderaban los frailes de la juventud, se destruían una por una las libertades y se consolidaba el régimen del caciquismo absolutista que impera, y sin embargo, seguía diciendo que para qué combatir la monarquía por la república, si ésta es también un régimen burgués?

Pues ese, ese es el resultado de la separación de las clases obreras del campo republicano; ese es el beneficio obtenido con haberles enseñado que el que hubiese monarquía ó república debía serles indiferente.

Látigo Rojo, de Jaén.

## LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

— POR —

R. H. DE IBARRETA

Este es el libro que se ha vendido más en España. Sólo en EL MOTIN se han tirado 62.000 ejemplares.

DOS PESETAS ejemplar. Rebaja del 25 por 100 á los suscriptores. Encuadernado en tela 2 pesetas.



## SECCIÓN AMENA

## Nakens en el cielo

Tuve la otra noche un sueño rarísimo, estrañísimo, un sueño que, al despertarme, me ha dejado una impresión extraña, una sensación de esas que no se borran en muchísimo tiempo.

Soné que Nakens, el luchador incansable, el tenaz impío había muerto, y que a la misma hora y minutos se «diaba» la túnica no sé qué arzobispo y al mismo tiempo cardenal, también para el «otro barrio».

La «coincidencia» era extraordinaria. Que uos seres tan antagónicos y contrapuestos como Nakens y un eminentísimo señor de mitra y birreta se muriesen en un mismo día, en una misma hora y un mismo momento solemne, era una circunstancia maravillosa, porque forzosamente tenían que comparecer juntos ante el Juez Supremo é inapelable, negado por el uno, y por el otro cantado en todos los instantes, alabado en todos los momentos y ensalzado continuamente.

¡Vaya un compromiso más gordo!—me dije, pensando en la cara que mutuamente se pondrían uno á otro, en cuanto Nakens y el de la mitra se encontrasen con la mano dispuesta á coger el aldabón de la puerta celestial.

Como en los sueños se ven las cosas más absurdas con una apariencia de realidad asombrosa, yo veía caminar por los espacios etéreos á los espíritus respectivos del director de EL MOTIN y del reverendísimo prelado. Caminaban desde puntos distintos, pero como iban hacia uno mismo, necesariamente tenían que converger, como los radios de una circunferencia en un punto de ésta que se llama centro.

El alma de Nakens iba perpleja, absorta, como si no saliese de su «apoteosis», según se dice ahora apurando el chistecillo de Ventura de la Vega. El alma del «eminentísimo señor», por el contrario, iba alegre, regocijada, y hasta cantando unos villancicos de Noche-Buena. Esta diferencia de «estado de ánimo» de ambos individuos, tenía una explicación muy natural. Nakens no había creído nunca que hubiese un «más allá» de esta pícara vida, y el hombre... digo, su «espíritu», se encontraba estupefacto al enterarse de que, en efecto, existía ese «más allá», al cual le empujaba ahora una fuerza misteriosa, con vertiginosa celeridad. Su eminencia el de la mitra, como ya estaba convencido de la existencia de ultratumba, no le causaba novedad el verla confirmada, y como además tenía la evidencia de que, por su fervor cristiano, por su fe inquebrantable y por sus virtudes especiales iba á colarse santamente en la gloria celestial, de ahí el buen humor que su espíritu cardenalicio rebosaba por todos sus poros.

Pronto avistáronse en el espacio, y desde inmensa distancia, el veterano anticlerical y el piadoso purpurado. Nakens frunció el

entrecejo; el de la mitra se sonrió con esa sonrisita que producen los peces de colores, según dicen, y como diciendo: — ¡Pobre hombre! ¡Pa chasco que te llevas en cuanto estemos ante el Sumo Hacedor!

Y el de la birreta se frotó las manos con la mayor de las satisfacciones, y murmurando: «¡Vaya, vaya, vaya!... ¡Ahora las pagará todas juntas ese protervo!... ¡Que se venga ahora con sus «florecitas místicas» de EL MOTIN! Y se puso á tararear aquello de:

«Ruja el infierno, breme satán...»

Pronto avistaron, entre nubes de oro y grana, las grandes y hermosas puertas de la mansión angélica. En las ventanillas del grandioso edificio estaban asomadas las risueñas caras de centenares de serafines. En otra más baja estaba asomada la venerable figura del portero celestial, San Pedro, que, al ver llegar dos almas al Paraíso, se apresuró á salir al vestíbulo para recibirlos.

Yo continuaba viéndolo todo, desde este planeta, con la curiosidad que es de suponer, y sentí un escalofrío por todo el cuerpo.

— ¡Pobre Nakens!—me dije.— ¡Cómo me lo van á poner de oro y azul!... Dentro de cinco minutos está caminito de los profundos infiernos. Porque, la verdad, si Nakens no fuese á ellos, no sé para qué habían de haberso fundado.

— ¡Hola, señores!—exclamó San Pedro, con aire jovial y bondadoso:— ¿Conque dos buenas almas por aquí?

La del obispo estuvo á punto de soltar una carcajada al oír lo de «dos buenas almas». Indudablemente San Pedro no sabía que clase de «pez» era el director de EL MOTIN.

— Pasen, pasen ustedes,—continuó el celestial conserje.

Y Nakens y el arzobispo pasaron, en efecto. El primero grave, huraño, melancólico. El de la mitra cada vez más regocijado. Y así llegaron á presencia de Dios, que se paseaba con magestuoso continente, pero sin orgullo vano, por la vasta sala del trono.

Nakens estaba anonadado. ¿Conque era verdad que había Dios? ¿Era cierto que había un cielo?

El Ser Supremo, conociendo á los recién llegados, no se entretuvo en preguntarles quiénes eran ni qué querían, como haría un personaje tonto de novela.

— Esperaba á ustedes,—dijo gravemente, y tendió su diestra al infeliz Nakens, que estaba estupefacto. ¡Tenderle su mano á él el Omnipotente! Esto pensó también el arzobispo, que se quedó á su vez asombrado. ¿Era posible que Dios se engañase también, como San Pedro, respecto al pícaro de Nakens?

— Amigo mío,—dijo el Ser supremo á éste, con voz augusta y suave,—ya sé que en el otro mundo no creíste jamás en mi existencia, ó, al menos, dudastes mucho de ella. No es tuya la culpa. Fuiste sincero en tus dudas y noble en tu falta de fe. No creíste en mí, y era natural. Te habían dicho que yo era, tan pronto misericordioso, como una fiera san-

guinaria. Te contaron que yo tenía un Infierno de fuego donde asaba á mis criaturas después de haberles dado la existencia, y sabiendo de antemano lo que iban á ser en un mundo donde las ambiciones crearon una religión para medro personal de otros. Te querían hacer creer que yo era un Ravachol, de barbas revueltas, mirada de hiena y sentimientos de tigre, para con los que no se arrodillaban ante un cura. Te dijeron que yo era un sér raro y extravagante, que me deleitaba oliendo la cera de las iglesias, que me entusiasmaba con los gorgoritos de los clérigos y las flores de trapo que me regalaban las beatas. Y en un Dios así no podías creer tú, ni nadie que tenga sentido común. Fuiste sincero en tus negaciones, noble en tus sentimientos de humanidad para con los desgraciados, y emprendiste justa guerra contra los ambiciosos, los hipócritas y los tiranos. Y fuiste sincero y noble, porque no comiste ni te enriqueciste á cuenta mía, como comen y se enriquecen todos los que te hablaban de mí y de una religión extravagante con ritos de una ridiculez suprema y estrafalaria. Estos, estos son los que no creen en Dios, pero fingen creer en él, porque les vale dinero el decirlo, el propalarlo y el darme incienso. Pues, ya lo ves, amigo Nakens; hay Dios; aquí lo tienes; pero no el que te contaron, el que te mintieron. Y yo no puedo condenar al que no cree en mí tal cual me pintan los que á mi cuenta viven; yo no puedo condenar al que no está seguro de mi existencia, ya que yo no dije á nadie quien soy, ni como soy. Si quisiera que se me conociese, lo haría ver, no por la fe que nada prueba, sino por demostración evidente, como hago ver las verdades de la ciencia. Pasa adelante; estás en el cielo, que ahora no podrás negar.

Y luego, volviéndose al de la mitra, le dijo Dios:

— En cambio tú, buen hombre, decías que creías en mí, y que tenía yo un Infierno salvaje, porque así cobrabas ocho mil duros de sueldo y te dabas la gran vida. Si no te valiese eso un cuarto, serías más inerédulo que Nakens, á quien odiábais porque era intransigente con nuestras hipocresías y vuestros vicios enebiertos con manto de virtud. Pues, ya lo ves. No tengo Infierno, no soy un monstruo sanguinario, no soy una hiena. Pero, aunque no tengo Infierno, con algo he de castigar tu hipócrita adulación y el querer compararme con una fiera. En los moldes de donde salen las almas se tuercen algunas de éstas, que resultan inservibles. Y como un fotógrafo rompe las placas mal impresionadas, yo rompo también aquellas almas inútiles. No arderas en fuego eterno, porque eso no se hace ni con un reptil; pero tampoco gozarás de un cielo que no mereces. Basta.

Y Dios extendió su brazo, y el alma del arzobispo desapareció de repente como si se hubiera volatilizado. Se había extinguido como la luz de una vela sobre la cual se sopla.

JUAN JOSÉ

Doy las gracias al autor de ese artículo, que ignora quién sea, y creo que si efectiva-

mente existiera la vida eterna que los curas y los frailes han inventado para pasarlo bien en ésta, ocurriría á mi llegada algo parecido á lo que él vió en sueños; y creo más; creo que yo ocuparía en el Paraíso, no un asiento de ídem, sino un palco principal.

¿Y por qué no? Me guardaré de enumerar lo mucho bueno que en mi vida he hecho, por temor á que llegue á noticia de los señores que en Roma surten de santos al Cielo, y sin aguardar á que muera incoen el expediente de mi canonización para darse importancia enviando cuanto antes allá arriba, por excepción, una persona decente y principal; estoy además muy ocupado, y no podría dedicar ni un segundo á evacuar las entrevistas que sobre el asunto se me hiciesen.

Pero si voy á permitirme apuntar algunas de las cosas que no he hecho, para dejar demostrado que merezco, no una, cien bienaventuranzas eternas, si ciento hubiera; que siempre fué mérito mayor abstenerse de hacer el mal por desinteresado impulso, que realizar el bien por calculada esperanza de premio. Y digo esto para patentizar mi modestia y lo enemigo que soy de abrumarme de elogios merecidos.

Yo no he sido fraile, cura ni beato; no he pertenecido á ninguna asociación benéfico-productiva; no he confesado culpas que estaba dispuesto á repetir; no he alardeado de creencias que no sentía; no me he parapetado tras de un santo para disparar sobre un prójimo; no he hecho, en fin, nada de lo que hace la gente rezadora, vulgar y ramplona. ¿Y no había de ir al Cielo si lo hubiese? De-rechito. Y hasta vestido y calzado.

Lo malo es que yo no querría ir, por si acaso era cierto que estaban en él algunos ciudadanos que me son muy antipáticos, entre ellos esos tres que ahora traen soliviantados á los católicos de Palencia: Santo Domingo de Guzmán, San Ignacio y San Pedro Arbués. La idea de tropezar con ellos al volver de una esquina, y no poder contenerme, y armarles una escandalera recordando lo que hicieron en la Tierra, y más que lo que hicieron, lo que sus partidarios han hecho en su nombre, me quitan completamente las ganas de ir allá; que no es cosa de armar en el Cielo las broncas que he armado en esta cáscara de nuez.

Quedemos, pues, en que si hubiera Cielo, yo tendría reservado en él un puesto preferente por derecho propio, pero que no ejercitaría ese derecho. Cada cual tiene sus gustos, y el mío quedará colmado con poder exclamar á la hora del finiquito:

«Aquí concluyó el sainete.»

## CUADROS DE MISERIA

por

José Nakens

Precio: 3 pesetas - 2,25 á los suscriptores

(FOLLETÓN 10.)

## LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR

OFFENBACH

exactamente tuvieron igual suerte. Así, convenido que los cabecillas de aquella insurrección, entre los que principalmente figuraban los hermanos de Maceo, recibirían cierta cantidad para pasar adonde fuera de España les conviniese ir, dióseles dinero y se les dejó embarcar en el mismo puerto de Santiago de Cuba (la capital del departamento en que se habían levantado en armas), de donde, en efecto, se hicieron á la mar; sólo que á las pocas millas salieron al encuentro un cañonero, previamente apostado en sitio conveniente y los llevó á Puerto Rico, de donde después en otro buque fueron conducidos á una prisión en la Península.

Como de esto no han pasado todavía treinta años, muchos lectores recordarán sin duda el escándalo que aquella hazaña produjo en toda Europa; pero los señores del reino... ¡tan frescos! Quizás no pudiendo imitar los altos hechos del tiempo de los Reyes Católicos, quisieron efectuar de *motu proprio* algo como lo que Gonzalo de Córdoba se vió obligado á hacer de orden de D. Fernando y que dió lugar á que el rey de Francia dijese que «palabra española y fe cartaginesa corren parejas». Verdad es que entonces se trataba del duque de Calabria, hijo de un rey, y lo mismo se había hecho poco antes con el duque de Valentinois, hijo de

un Papa; pero si los embromados ahora no eran más que hermanos de Maceo, tampoco el que les embromó era Gran Capitán, de modo que, bien guardadas todas las proporciones, el caso venía á ser el mismo. Y por esto el marqués de Salisbury, pues Inglaterra llegó á tener que intervenir en esa historia, no dijo precisamente en aquel momento lo que el rey de Francia, pero si aludió después á España, como es notorio, al hablar de ciertas naciones degeneradas y llamadas á desaparecer.

Con informalidades y burlas de esa especie iban los señores del reino haciendo méritos para que los cubanos, finalmente convencidos de que aquellos eran unos guasones que no tenían palabra mala ni obra buena, lograsen al fin que los yankees embarcasen á los españoles para la madre patria.

Hay que observar que Cuba y Puerto Rico se hallan situadas en el riñón, cual si dijéramos, del Nuevo Mundo, y en las proximidades de los Estados Unidos, sobre todo la primera; que con este país tiene y tenía constante comunicación de todas clases. De manera que si, aun con circunstancia tal, los señores del reino trataban á aquellos naturales del modo alegre y caprichoso que indican los ejemplos puestos, ¡qué no habrán hecho con los filipinos, habitantes de un archipiélago alejado de toda nación civilizada!

Ya en los tiempos en que la monarquía española era dirigida y gobernada con cierta seriedad, así desde hace largos años no lo haya sido con acierto, se daban casos graciosísimos, como cuando naufragó el buque en que desde Manila, capital de la isla de Luzón, y de

todo el archipiélago, se enviaba á otra isla lejana la consignación, y con el buque se perdió aquel dinero; pues de Madrid se dispuso que en adelante no se *hiciera por mar* tales remesas. Esto dará idea de cómo andaban las cosas aún en aquellos tiempos de seriedad... cuando menos, relativa.

Tenemos, por tanto, que renunciar á referir ni sumariamente, cuánto se habrán divertido con y en aquel país los señores del reino en general y los del archipiélago en particular, pues en Filipinas, si la soberanía era de España, el dominio era de los frailes. Así es que sólo recordaremos, y esto de pasada, la broma, lúgubre y trágica sobre toda ponderación, de que fué objeto el célebre Rizal. Porque hemos de creer que legalmente mereció la pena capital, puesto que le fué impuesta y se llevó á efecto pero... ¡dejarle semi-circumnavegar el globo y hacerle regresar desde los antipodas para ser muerto! Y hay que anotar la curiosísima circunstancia de que se le dejó ir y se le obligó á volver bajo el mando del general Blanco, y vino á morir bajo el del general Polavieja, los cuales, cuando la bromita de que antes hemos hablado y que se dió á los hermanos de Maceo y otros cabecillas de la «guerra chica», eran respectivamente gobernador general de la isla de Cuba y comandante general de Santiago. Por lo visto eran buena combinación para esas cosas.

## CAPITULO VI

EN QUE SE TRATA DE UNAS VISPERAS QUE ESTUVIERON Á PUNTO DE ECLIPSAR Á LAS SICILIANAS.

Corría, ya bien entrada, la segunda mitad del año de gracia de 1887, y el gran chambelán entonces gobernador general de Puerto-Rico, hombre liberal y digno de toda estimación, había comenzado á recorrer la provincia; gustábale, además de conocer y en lo posible satisfacer las necesidades de los pueblos, ser festejado, y que la gente, aprovechando la ocasión, se divirtiese; y como la estación era en aquellas tierras y aquellas latitudes la mejor, puede decirse que vivir á la sazón allí era una delicia. Algo así debían de ser Messina y sus contornos momentos ú horas antes de la espantosa conmoción del suelo que ha poco convirtió súbitamente tan hermosa ciudad en un inmenso cementerio repleto de cadáveres y cuajado de escombros.

Y no á tontas y locas hemos evocado el tristísimo recuerdo de Messina, porque en los días á que nos referimos Puerto-Rico era política y socialmente lo que teóricamente toda aquella parte de Sicilia á fines del último Diciembre: un territorio fértil y encantador habitado por una población confiada y feliz, pero situado sobre un volcán y próximo á experimentar una de las más tremendas catástrofes que la Historia ha llegado á registrar.

¡Sí; aquella calma, aquella tranquilidad, el sosiego aquel de Puerto-Rico eran engañosos. Una conspiración vastísima estaba á punto de estallar. Algunas horas,



# LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

incendia la población y se asesina á todos los nacionales, y hasta dos pobres dementes y un mutilado mueren á manos de la infame chusma.

En poco menos de diez y seis meses, mueren asesinados por Cabrera mil ciento un prisioneros, son incendiados por el mismo más de veinte pueblos, y secuestrados los bienes á más de doce mil familias, que quedan en la miseria.

Al internarse en Francia, prende en Berga á muchos individuos de la junta carlista de Cataluña para averiguar quiénes eran los asesinos del Conde de España, y fusila á una porción.

Mientras á nombre de la santa religión (como dicen las carcas) se cometían crímenes tan abominables como los que hemos referido, la Iglesia excomulgaba ó poco menos á los gobiernos de Isabel II, trataba de impíos á los pocos eclesiásticos que no reconocían públicamente á Carlos por rey de España, y con aprobación del papa Gregorio XVI hizo Cabrera instalar en Morella un cabildo, y allí se conferían órdenes, se cobraba el diezmo, se imprimían y confeccionaban bulas, etc., etc.

Ni una palabra de condenación para tantas y tantas infamias, ni la más leve protesta contra crímenes de que no hay ejemplo en la historia, ni el reproche más ligero tuvo Roma para Cabrera y sus esbirros. Lejos de ello, cuando el mundo civilizado se estremeció por el horror al tener noticia de los asesinatos, incendios, violaciones y demás del programa carlista; cuando en Tortosa y en Granada y en cien partes más se descubrían conspiraciones carlistas en las cuales los principales comprometidos eran obispos, canónigos, curas, frailes y demás; cuando el cura Merino mataba á palos á los hacendados de los pueblos y fray Saturnino llevaba el asesinato á todas partes, como el cura Feijóo, el fraile Taboada y el fraile Farinás y otros muchísimos curas y frailes, en el *Boletín Oficial carlista* publicado en Morella el 13 de Octubre de 1838, se decía lo siguiente:

«El rey nuestro señor, solícito siempre por el bien espiritual de los fieles vasallos que la Divina Providencia ha sometido á su cuidado, ha pedido y obtenido de la Santa Sede, por breve expedido en Roma á 30 de Mayo último, la prórroga de dos años más de las gracias de Cruzada é indulto cuadragésimo que empiezan en el año próximo y concluyen en 1840.

¿Comentarios? Debemos hacerlos en cuanto estalle la guerra que se está tramando, todos los amantes de la libertad.

Si diez mil vidas hubiera tenido Cabrera y todas las pierde en la horca, no habría comenzado á saldar sus cuentas con la justicia. Y, sin embargo, ese hombre infame y sanguinario, afrenta de la raza humana, murió figurando en el escalafón de los capitanes generales del honrado ejército español, y ostentando legalmente el título de conde de Morella que le concedió el imbécil Carlos V, en premio de los horribles crímenes que hemos relatado.

¿Caiga la maldición eterna de la historia sobre los que le reconocieron título y empleo!

Uno de los jefes carlistas que ha llegado hasta la generación presente con cierta aureola, ha sido Zumalacárregui. Los historiadores, ante sus méritos como militar, han hecho resaltar poco sus malas condiciones como hombre. Sin embargo, fué tan allá como el que más en su sed sangre, sació más que ninguno su sed sangre. Hora es ya de presentarlo tal cual fué. Acaso obró de aquel modo porque lo da de sí la causa, porque carlista y asesino son sinónimos; pero esto no lo absuelve ante el juicio imparcial de la historia. Y dicho esto, relate-mos algunos de sus muchos crímenes.

El día 23 de Abril de 1834, Zumalacárregui, comandante en jefe de las fuerzas carlistas en Navarra y Guipúzcoa, dió una orden general á sus soldados advirtiéndoles que «para ser héroes, era preciso despreciar lo todo y atender únicamente al exterminio del enemigo.»

Este consejo fué motivado por haber sabido que algunos de los suyos se rezagaban para atender y recoger á sus compañeros

heridos. Esa es la humanidad de los carlistas: exterminar al enemigo y dejar en el abandono al soldado leal que cae por defender su causa.

Aquel mismo día Zumalacárregui fusiló despiadadamente á veinte prisioneros del ejército liberal, entre los que había jefes, oficiales y soldados. A un alférez, don Rafael Clavijo, gravemente herido, no le permitieron morir tranquilo en su lecho de dolor: «quisieron—dice un historiador—que saboreara su agonía, y casi cadáver fué fusilado.»

El mismo Zumalacárregui recibe un día en los Arcos á los parientes de los prisioneros carlistas que estaban en poder de las tropas de Quesada, expuestos á morir en represalias de los liberales sacrificados, piéndole que salvase la vida de aquéllos conservando la de los oficiales del ejército liberal que tenía en su poder, ofreciéndole en cambio hacer cuantos sacrificios se les exigiesen, hasta el de su propia existencia.

La contestación de Zumalacárregui á tan legítima petición, fué esta: «Eso sería mil veces más deshonesto que deponer las armas. No cabe en mí tamaño despropósito.»

Los prisioneros fueron fusilados. ¿Qué tiene de extraño que no diese cuartel á los enemigos, cuando así sacrificaba la vida de sus propios parciales?

El 15 de Marzo una de las columnas de Zumalacárregui hace prisioneros en Camarra á ciento veinte tiradores de Alava, y al día siguiente el feroz cabecilla los manda fusilar, desoyendo las exhortaciones del jefe carlista Villarreal, quien le expuso las tristes consecuencias que ocasionaría á la causa carlista la ejecución de la terrible orden.

En Septiembre de aquel mismo año entra Zumalacárregui en Cenicero, población abierta, y los urbanos, antes que entregar las armas, se encerraron en la torre de la iglesia, dispuestos á morir antes que rendirse. Zumalacárregui manda incendiar las casas de los defensores de la torre, y viendo que ni así conseguía rendirlos, manda aplicar combustibles para sofocar á aquéllos héroes con el humo ó abrasados.

Los denodados patriotas no perdieron la vida, porque aquel valiente general carlista, que se atrevía con unos cuantos hombres cuando él tenía á su lado una columna, se apresuró á huir en cuanto tuvo sospechas de que podían acudir fuerzas liberales á la defensa de Cenicero.

Este era el celebrado caudillo que en cierta ocasión mandó dar doscientos palos á uno de sus agentes secretos, por haber éste sufrido un descuido en el desempeño de cierta comisión.

En 1.º de Noviembre de 1834 publicó un bando desde Lecumberri, en el que se leen estas disposiciones:

«Todos los prisioneros que se hagan al enemigo, sean de la clase y graduación que fueren, serán pasados por las armas como traidores á su legítimo soberano.»

«Los alcaldes, regidores y demás miembros de justicia que circulen las órdenes del gobierno revolucionario, serán pasados por las armas.»

«Los conductores de las indicadas órdenes serán en el acto pasados por las armas.»

Después del triunfo alcanzado en Alegría se ensañaron los carlistas con tal encono en los liberales, que Zumalacárregui mismo tuvo que gritarles: «muchachos, basta, basta; dad cuartel á los rendidos.»

Esto no quitó para que después de la victoria fusilase al general O'Doyle, á su hermano, ayudante suyo, y á gran número de jefes y oficiales, como también á dos clérigos que formaban parte del ejército liberal.

Después de haber prometido respetar la vida á muchos de los prisioneros, ordenó deshacerse de ellos á bayonetazos, faena que realizaron con verdadera fruición los carlistas.

Zumalacárregui cometió aquellos asesinatos, porque los prisioneros constituían una impedimenta que hacía difíciles las marchas.

En aquel mismo mes Zumalacárregui presentase ante Peralta, importante villa de Navarra, defendida por Iracheta, comandante de un pequeño cuerpo de urbanos. Toma las primeras casas, y en medio del incendio y del exterminio se acerca al fuerte en que

Iracheta se defendía una anciana que había sido aya suya, con un pliego en que el carlista amenazaba á los voluntarios con ser abrasados dentro del débil reducto en que se defendían, si no se entregaban en el término de un cuarto de hora.

Iracheta contestó: «miraría la existencia como un apuro si sólo se me ocurriese la idea de rendirme;» y Zumalacárregui, conociendo su temple de alma, llamó á su presencia á la esposa del comandante, encargándole fuese á reducir á su marido para librarle de una muerte segura.

Los ruegos y las lágrimas de aquella señora fueron inútiles. Zumalacárregui dió airado la voz de fuego, siendo terrible el tiroteo.

Iracheta, para hacer imposible el asalto, destruyó la escalera que daba subida al fuerte, y entonces el jefe carlista, convencido de que sólo ganaría á costa de mucha sangre unas ruinas y algunos cadáveres, dió orden á los suyos de incendiar y saquear á su sabor la villa y se retiró, saciando su encono con el incendio de una porción de casas, destruyendo cuanto había en otras y derramando las cubas de vino existentes en las bodegas del pueblo.

Rasgo á que no se hubiera atrevido ningún satélite del famoso José María; bien es verdad que cualquier saltador de Sierra Morena que resucitase ahora, se consideraría con justa razón ofendido al verse comparado con cualquiera de los héroes del carlismo que tanta vergüenza han derramado sobre la historia patria.

Pero sigamos con Zumalacárregui.

Este defensor de la religión mostró su celo piadoso incendiando la iglesia de Villafraña de Navarra, donde se refugió la guarnición de urbanos al entrar en la villa las fuerzas de D. Carlos, quien dió su asentimiento á aquella nueva demostración de barbarie.

Las mujeres, al ver arder la iglesia donde se habían refugiado con sus hijos y sus esposos, demandaron piedad, y el galante Zumalacárregui consintió que al amanecer bajaran de la torre por unas escalas de cuerda las mujeres y los niños, para proporcionarse el bárbaro y estúpido placer de darles de latigazos según iban descendiendo, ensañándose con Claudia, esposa del jefe, mujer hermosísima. ¡Hazaña digna de un valiente y sobre todo de un caballero!

«Semejante cobardía, dice un historiador, arrojó sobre Zumalacárregui un borrón imborrable; tan negro por lo menos como la bajeza de haber fusilado acto seguido á los treinta voluntarios á quienes las balas respetaron la vida, y que imposibilitados de sostenerse en medio de muros calcinados, se entregaron á discreción.»

Porque, efectivamente, aquello no fué más que el preludio de la horrible hecatombe que el infame meditaba.

Los urbanos, ante cuyos ojos se diera aquel vergonzoso espectáculo, pidieron cuartel y Zumalacárregui se lo negó. Empezaron de nuevo la defensa, que duró todo el día, pero al siguiente, viendo que en aquella torre calcinada sólo podían esperar una muerte lenta y horrible, se entregaron á discreción, y acto continuo fueron todos fusilados.

¿Qué padrón de gloria para la causa carlista y para su héroe Zumalacárregui!

Pero hay en este hecho vergonzoso algo más vergonzoso y brutal que el hecho mismo. Y es que su autor quiso luego excusar su salvajismo diciendo que se vió obligado á hacer lo que hizo por exigencias de las mujeres carlistas de la población, cuyo encono no quería excitar.

Hasta en esto se mostró digno de sí mismo el héroe de Villafraña. Aun siendo cierto qué carácter es el de un soldado que así viola las leyes de la humanidad y del decoro por exigencias femeniles? Aun siendo verdad, debió callarlo por honra del sexo débil de su partido. Pero ¿qué entienden de todas estas cosas los carlistas?

¿Y aquellas santas mujeres, pidiendo que azotasen á las infelices madres y esposas de los defensores del pueblo? ¿Habrá todavía gente de entendimiento tan menguado que pueda ver simbolizada la defensa de la religión en una causa que tiene la virtud de despojar á la mujer de las condiciones de su propia naturaleza, y que ante el incendio de un templo, la casa de Dios, sólo tiene palabras para exigir el castigo de inermes mujeres?

Aquel heroico Zumalacárregui azotaba por su mano á las mujeres y apelaba al salvaje recurso de incendiar los pueblos y los fuertes que no podía rendir por las armas, aquel hombre feroz que no conocía la piedad, no vaciló en invocar los sentimientos humanitarios de un general español, Mina, para que se le devolviese una hija suya de

corta edad, Micaela, de la que el conde Armiel de Toledo, virrey de Navarra, cometi6 la villanía de apoderarse, encerrándola con su nodriza en la inclusa de Pamplona.

Si hubiera sido al revés, ya puede presumirse la contestación del jefe carlista: fusilar en el acto á la inocente criatura. El general liberal á quien se dirigió el carlista se apresuró á entregar la hija de Zumalacárregui al hermano de éste, comisionado para recogerla.

Por cierto que es digna de leerse la respuesta que Mina, á quien tanto execran los carlistas porque los combatió con habilidad y energía, dió al asesino Zumalacárregui. Le dijo:

«La primera noticia que he tenido de la existencia de su niña de usted en esta ciudad, es la que me da su carta, que me ha entregado el portador.

Ignoro, y no quiero saber, los motivos que hubiesen podido influir en su traslación desde Villalba; y como yo no hago la guerra á inocentes criaturas, ni la de usted puede ser garantía ninguna, escusada habría sido la petición de usted para dejar libres tanto á la niña como á su nodriza, á la más leve indicación que se me hubiese hecho por ésta ó por los encargados de su custodia, á los cuales no dejaré de hacer un cargo por haberme faltado este aviso.

Por el adjunto papel se enterará usted de la salud de la niña y de la nodriza; y cuando quiera puede enviar á quien guste por ella, que la dejaré marchar sin la menor dificultad.»

El carácter de ferocidad que los carlistas imprimían siempre á sus actos, se revelaba en todo. Una partida sorprende al pueblo de Camarasa y obliga á rendirse á los urbanos, incendiando la iglesia de que hicieron su refugio; asesinan inhumanamente al capitán de la fuerza, al teniente y al alcalde, atan á los demás de dos en dos por la espalda, los degüellan y los arrojan desde el puente al río Segre con piedras enormes, por si no estaban bien muertos.

Cabrera, Forcadell y otros, acometen a Zurita, guarnecido por ocho nacionales y veinte movilizados de Valencia, obligándolos á capitular con la condición de entregar las armas y marchar libremente á sus casas.

Aquellos caballeros cumplieron su palabra fusilando á los pobres voluntarios de Zurita, entre los cuales había dos ancianos que apenas podían andar y dos hermanos jóvenes de 16 y 18 años. A las súplicas que se hicieron á Cabrera en favor de éstos jóvenes, contestó que sólo su padre podría librarles, presentándose á ser fusilado. Al oír esto la madre cayó desmayada, y á su lado, como muerto por un rayo, el tercer hijo que llevaba á sus pechos.

Ladrones de profesión y perseguidos por la justicia que cabecilleaban por ambas Castillas y Extremadura el año 36; Orejita, Patillos, Zamorra, Chaleco, el Apaño, el Rubio, se llamaban aquellos bandoleros. Narrar sus fechorías equivaldría á exponer un largo catálogo de saqueos, incendios y latrocinios.

Hablando de los carlistas en Galicia y Asturias, dice un historiador: «había sobra de bandidos y facinerosos, que se acogían á cualquier bandera, con tal de vivir á sus anchas.» Allí, también como en Castilla, más que una guerra resultaba una caza, abundando el fusilamiento de cabecillas, los saqueos y los atropellos por éstos cometidos, y en suma, los males consiguientes á encontrarse el país entregado á bandas de gente de baja ralea.»

Cuando las tropas liberales se acercaban á Castellote para ponerle sitio, el jefe de la guarnición carlista que lo tenía en su poder, no vió mejor medio de defender la plaza que salir á incendiar todos los caseríos comprendidos dentro del radio de una legua, para que no pudieran encontrar en ellos ayuda las fuerzas del ejército.

Un oficial carlista, testigo presencial del sitio de Castellote, refiere en los siguientes términos aquel acto de vandalismo:

«Todavía se nos cubre el corazón de luto al recordar las escenas que presenciábamos en este día funesto. Al acercarnos á las masías salían las familias, sabedoras de la orden terrible, á suplicar con el mayor encarecimiento y con los ademanes más tiernos y expresivos al jefe de la fuerza que no incendiasen aquellos asilos de la decrepitud, aquellas moradas de la frugalidad y la inocencia. No eran oídas. El soldado aplicaba su hacha incendiaria, y los apriscos, los muebles, las casas, hasta el trigo que guardaban para

(Continuará.)